

Hamlet

William Shakespeare



Fermín Villalpando, Madrid, 1798

Exportado de Wikisource el 17 de enero de 2026

HAMLET.
TRAGEDIA
DE
GUILLERMO SHAKESPEARE.
TRADUCIDA É ILUSTRADA
CON LA VIDA DEL AUTOR
Y NOTAS CRÍTICAS.
POR
INARCO CELENIO
P. A.

MADRID
EN LA OFICINA DE VILLALPANDO.
MDCCCLXXXVIII.

Índice

(no listados originalmente)

Prólogo

Vida de Guillermo Shakespeare (anotación del traductor)

Personajes

Actos

I - II - III - IV - V

PRÓLOGO.

La presente Tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas freqüencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten y los defectos que manchan y obscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso: compuesto de partes tan diferentes entre sí, por su calidad y su mérito, que difficilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquél autor ni de aquel teatro; y por conseqüencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare y del gusto que reyna todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica; que desde las primeras scenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de comucion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é mutiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve

tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de carácter; haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sofocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros: capaces solo de excitar la risa de un populacho vinoso y soez. Llega el desenlaze donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata; amontonando circunstancias inverisimiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpomene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe, el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa: todo se confunde en igual destrozo.

Tal es en compendio la Tragedia de Hamlet, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añá- diéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra: los inteligentes deberán juzgarlo. Baste decir, que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos; sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces frases arbitrariamente comy binadas por él la misma fuerza y expresion que él quiso que tuvieran, y hacer

hablar en castizo español á un extrangero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras obscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma: á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en lo ilustrar y explicar sus obras; qual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavía como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento; le animó por otra parte el deseo de presentar al Público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés: viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion, ni del mérito de sus autores. Otros, quizás, le seguirán en esta empresa y facilmente podrán obscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos, en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los extrangeros han hecho de esta Tragedia, el auxilio que debió esperar. Mr. Laplace imprimió en francés una traducción de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos, no dexó de merecer aceptacion; hasta que Mr. Letourneur publicó la suya: que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poscía perfectamente el idioma inglés, y hallándose

con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traducion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian literaria y guerra dividian las opiniones de la multitud. Voltaire apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escue- la: se esforzó quanto pudo por imitarle, en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre exemplo arrastró á muchos Poëtas, que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito ; que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne Poëta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papelés que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta Racinista y apurando para ello quantas sutilezas sugiere el ingenio y quantos medios buscan la desesperacion y la envidia; si por un momento excitaban la risa de los lectores, caían despues en obscuridad y desprecio, quando aparecia en la scena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entónces se publicó la traducion de Letourneur: impresa por suscripcion, dedicada al Rey de Francia y sostenida por el partido numeroso de aquellos, á quienes la reputacion de

Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse, pues, de exaltar el mérito de Shakespeare y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y capaz de disputar la corona á los Eurípides y Sofocles. Así pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y extrangeras sin detenerse mucho á considerar quán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios..

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakes- peare. Reunió en un discurso preliminar y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, quanto creyó ser favorable á su causa: repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota: negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte y estableciendo una nueva Poética, por la qual, no solo quedan disculpados los extravíos de su idolatrado autor; sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasages en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofia, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus

personages, del carácter que les dió, de lo que dixerón antes, de lo que debe suceder despues; y acalorado por una especie de frenesí, no hay desacuerdo en que no tropieze y caiga; entonces el traductor francés le abandona y nada omite para disimular su deformidad: suponien- do, alterando, substituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traducción pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y agenos, que en muchas partes no merece el nombre de traducción.

Lejos, pues, de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia, y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarle, ha formado su traducción sobre el original mismo; coincidiendo por necesidad con los traductores franceses, quando los halló exactos, y apartándose de ellos quando no lo son: como podrá conocerlo facilmente qualquiera que se tome la molestia de cotexarlos.

Esto es solo quanto quiere advertir acerca de su traducción. La vida de Shakespeare y las notas que acompañan á la Tragedia, son obra suya, y á excepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (según lo advierte en su lugar) todo lo demás, como cosa propia, lo abandona al examen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ú de reflexion, no será inútil gusto impugnarle; que harto es necesario agitar qüestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna: si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las Letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena Poesía, y el merecido abandono y descredito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

Vida de William Shakespeare

Guillermo Shakespeare nació en Stratford, pueblo de Inglaterra, en el Condado de Warwick, año de 1564, de familia distinguida y pobre. Era su padre comerciante de lanas; y deseando que Guillermo, el mayor de diez hijos que tenía, llevase adelante el mismo tráfico, le dio una educación proporcionada a este fin, con exclusión absoluta de cualesquiera otros conocimientos, que pudieran haberle hecho mirar con disgusto la carrera a que le destinó. Así fue, que apenas había adquirido algunos principios de Latinidad en la escuela pública de Stratford, cuando aún no cumplidos los diecisiete años, le casó con la hija de un rico labrador y comenzó a ocuparle en el gobierno de la casa y en las operaciones de su comercio. Obligado de la necesidad venció Guillermo la repugnancia que tenía a tal profesión; y hubiera continuado en ella si un accidente imprevisto no le hubiese hecho salir de la oscuridad en que estaba, abriéndole el camino a la fortuna y a la gloria.

Acompañado Shakespeare con otros jóvenes mal educados e inquietos, dio en molestar a un caballero del país llamado Tomás Lucy, entrando en sus bosques y robándole algunos venados. Esta ofensa irritó en extremo el ánimo de aquel caballero, y por más que el joven Guillermo procuró templarle, arrepentido sinceramente de su exceso y ofreciéndole cuantas satisfacciones pidiese, todo fue en vano; el Señor Tomás Lucy era uno de aquellos hombres duros que no conocen el placer de perdonar. Sentido

Shakespeare de tal obstinación, quiso vengarse en el modo que podía, escribiendo contra él algunos versos satíricos, los primeros que en su vida compuso; poniendo en ridículo a un hombre iracundo y poderoso, que a este nuevo agravio redobló sus esfuerzos, imploró todo el rigor de las leyes y le persiguió con tal empeño que al fin hubo de ceder como más débil, y no hallando seguridad sino en la fuga, abandonó su patria, y su familia, y se fue a Londres, solo, sin dinero, ni recomendaciones en aquella ciudad, ni arrimo alguno.

En aquel tiempo no iban los caballeros encerrados en los coches entre cristales y cortinas como hoy sucede; iban a caballo, y a la entrada de los teatros, de las iglesias, de los tribunales, y en otros parajes públicos, había muchos mozos que se encargaban de guardar las caballerías a los que no llevaban consigo criados que se las cuidasen. Tal fue la ocupación de Shakespeare en los primeros meses de su residencia en Londres; se ponía a la puerta de un teatro y servía de mozo de caballos a cuantos le llamaban, para adquirir algunos cuartos con que poder cenar en un bodegón. ¿Quién, al verle en aquel estado oscuro e infeliz, hubiera reconocido en él, el mejor Poeta Dramático de su nación, el que había de excitar la admiración de los sabios, el que había de merecer estatuas y templos?

La circunstancia de hallarse diariamente a la entrada del teatro, le facilitó el conocimiento de algunos cómicos, que viendo en él mucha viveza y buena disposición, se le

hicieron amigos y en breve le determinaron a salir a la escena para desempeñar algunos papeles subalternos; pero no correspondieron los efectos a la esperanza que de él se había concebido. Rara vez la naturaleza prodiga sus dones, y casi nunca permite que un hombre sobresalga en dos facultades distintas; que tal es la limitación del talento humano. Dícese únicamente que Shakespeare desempeñaba muy bien el papel del muerto en la tragedia de Hamlet, elogio que puede considerarse como una prueba de su corta habilidad en la declamación.

Como quiera que sea, su admisión en el teatro despertó en él una inclinación decidida a la Poesía Dramática; le dio a conocer la mayor parte de las piezas que entonces se representaban, las estudió, más que como actor, como filósofo; examinó el gusto del público, y vio en la práctica por cuales medios la Poesía escénica suspende, commueve, deleita los ánimos y domina con hechizo maravilloso en las opiniones y los afectos de la multitud.

Hallábase entonces el teatro inglés en aquel estado de rudeza y barbarie propio de una época tan inmediata a los siglos de ignorancia y ferocidad. La nueva aurora de las letras, que había comenzado a ilustrar a Italia mucho tiempo antes, no había llegado aún a los remotos Britanos, separados del orbe. Las grandes revoluciones que había sufrido aquella nación, el choque obstinado de opiniones y dogmas religiosos que por largo tiempo la agitaron, el establecimiento de una nueva creencia, la necesidad de

resistir con la política y las armas a sus enemigos exteriores, mientras en lo interior duraban mal extinguidas las centellas de discordia civil, fueron causas capaces de retardar en aquel país los progresos de la ilustración, y por consiguiente los del teatro.

Pueden reducirse a tres clases las piezas que entonces se representaban en Inglaterra: *Misterios*, *Moralidades* y *Farsas*. Los *Misterios* no eran otra cosa que unos dramas donde se ponía en acción los hechos del Viejo y Nuevo Testamento, y aún se conservan en el Museo Británico los que se dice fueron representados en el año de 1600 intitulados: *La caída de Luzbel*, *La Creación del Mundo*, *El Diluvio*, *La Adoración de los Reyes*, *La Degollación de los inocentes*, *La Cena*, *La Pasión*, *El Antechristo*, *El Juicio final* y otros por el mismo gusto. En estas composiciones se veía una mezcla informe de sagrado y profano, en que se anunciaban las verdades de la Religión, entre puerilidades ridículas e indecentes que podrían llamarse escandalosas y sacrílegas; si la buena fe de sus autores y la ignorante sencillez del auditorio no fueran suficiente disculpa de tales desaciertos. En las *Moralidades* se agitaban cuestiones políticas y dogmáticas, se ridiculizaba la Iglesia Católica y se aplaudía (como es de creer) la nueva reforma. La falta de invención y artificio de tales obras era sin diferencia alguna como en los *Misterios*, con la única variedad de que en las *Moralidades* la fábula y los personajes eran alegóricos: la *Virtud*, la *Superstición*, los *Cinco sentidos*, la *Fidelidad*, el *Valor*, las *Promesas de Dios*, el *Amor profano*, la

Conciencia, la Simonía, tales eran los entes metafísicos que hacían papel en estos dramas extravagantes. Las Farsas, composiciones desatinadas, obscenas, atrevidas, perjudiciales a las buenas costumbres y al honor de muchos particulares que ridiculizaban con escandalosa libertad, eran, no obstante, las que más se acercaban a la Tragedia y la Comedia; por cuanto en ellas, o se trataban hechos históricos, o se pintaban caracteres y costumbres, imitadas, aunque mal, de la vida civil.

Estas eran las piezas que durante el siglo XVI se representaban en Londres, siendo actores de muchas de ellas los músicos de la Capilla Real, los Coristas de S. Pablo, los Frailes de S. Francisco, y los Curas y Clerecía de las Parroquias; y tal fue el estado en que Shakespeare halló el teatro de su nación a fines del mismo siglo.

No había recibido en su educación, como ya se ha dicho, una instrucción capaz de conducirle por la carrera que emprendió; y los ejemplos que veía en su patria, lejos de formarle el gusto, podían solo contribuir a corrompérselle.

Italia era la única nación que en aquel tiempo tuviese piezas dramáticas escritas con arte, habiéndose introducido allí por la imitación de las obras célebres, que nos dejó la antigüedad. En España comenzaba entonces el teatro a deponer su original rudeza. Lope de Vega, contemporáneo de Shakespeare, con más estudio que el Poeta inglés, menos filosofía, igual talento, fácil y abundante vena, en que no

tuvo semejante, enriquecía la escena nacional, dando a sus fábulas enredo, viveza, interés y aparato; abriendo el paso a los que le siguieron después, y fijando en el teatro español aquel carácter que le ha distinguido entre los demás de Europa.

Pero en Inglaterra se ignoraba el mérito respectivo de los italianos y españoles, y por lo que hace al teatro francés, ¿qué podría adelantar ninguno con la lectura de sus dramas groseros e insípidos? Chocquet, Greban, Jodelle, Garnier, Chretien y otros de esta clase, ¿qué podían enseñar a Shakespeare, aun cuando hubiera querido estudiarlos? Así fue, que careciendo de principios y ejemplos, sin otra lectura que la de la Historia nacional, algunas traducciones de autores latinos y algunas novelas; sin más objeto que el de dar a su compañía piezas nuevas, sin otro maestro, ni otros auxilios que los de su extraordinario talento, comenzó a escribir, y apenas se vieron sus obras en el teatro, cuando, a pesar de los muchos defectos de ellas, su interés y el aplauso del público le estimularon a seguir adelante.

Y ¿cómo era posible que no incurriese en descuidos los más absurdos un escritor que ignoraba absolutamente el arte? Con paz sea dicho de aquella nación que enamorada de las muchas bellezas de este autor, no sufre tal vez en el entusiasmo de su pasión que la crítica imparcial le examine y rebaje mucho de los elogios que a manos llenas le prodigan sus panegiristas.

Shakespeare no supo componer una buena fábula dramática; obra difícil, por cierto, en que nada se admite inútil, nada repetido, nada inoportuno, donde se exige la más prudente economía en los personajes, en las situaciones, en los ornatos y episodios. Trama urdida sin violencia ni confusión, caracteres imitados con maestría de la naturaleza, costumbres nacionales, sentencia, pureza, elegancia y facilidad en el lenguaje y en el estilo, agitación de afectos, accidentes imprevistos, éxito dudoso, progreso rápido, desenlace pronto y verosímil, un fin moral desempeñado por estos medios; en suma y donde todo aparezca natural, conveniente y fácil; y el arte, que todo lo dirige, no se descubra.

Léanse sus obras, y en ellas se verán personajes, situaciones, episodios inoportunos e inconexos; el objeto principal confundido entre los accesorios, el progreso de la acción unas veces perezoso y otras atropellado y confuso, incierto el fin de instrucción que se propone, incierto el carácter que quiere exponer a los ojos del espectador, para la imitación o el escarmiento. Errores clásicos de Geografía, Cronología, Historia y costumbres. El lugar de la escena alterado continuamente, sin verosimilitud, ni utilidad, y la unidad de tiempo, ninguna, o pocas veces observada. Desorden confuso en los afectos y estilo de sus personajes, que unas veces abundan en expresiones sublimes, máximas de sabiduría, sostenidas con elegante y robusta dicción, otras hablan un lenguaje hinchado y gongorino, lleno de alusiones violentas, metáforas oscuras, ideas extravagantes,

conceptos falsos y pueriles; otras, en medio de las pasiones trágicas, mezclan chocarrerías vulgares y bambochadas ridículas de entremés, excitando así, de un momento en otro, la admiración, el deleite, la risa, el terror, el fastidio y el llanto.

Esta oposición mal combinada de luces y sombras, no podía menos de destruir el efecto general de sus cuadros, y tal vez conociendo el error, pensó corregirle con otro, no menos culpable. Lo cierto, lo posible, lo ideal, como fuese maravilloso y nuevo, todo era materia digna de su pluma, satisfecho de sorprender los sentidos, ya que no de ilustrar y convencer la razón. A este fin su feroz Melpómene inundó el teatro con sangre, y le llenó de cadáveres en batallas reñidas a este fin, multiplicó los espectáculos horribles de entierros, sepulturas y calaveras; a este fin adulando la estúpida ignorancia del vulgo, hizo salir a la escena Magos y Hechiceras, pintó sus conciliábulos y sus conjuros, dio cuerpo y voz a los genios malos y buenos, haciéndolos girar por los aires, habitar los troncos, o mezclarle invisibles entre los hombres, rompió las puertas del Purgatorio y del Infierno, puso en el teatro las almas indignadas de los difuntos, y resonaron en él sus gemidos tristes.

Juzgue el que tenga algún conocimiento del arte, si son estos los medios de que un Poeta dramático debe valerse para producir deleite y enseñanza. Las figuras del teatro no han de bajar del cielo, ni han de sacarse del abismo, ni han de inventarse a placer por una fantasía destemplada y

ardiente. Toda ficción dramática inverosímil es absurda, lo que no es creíble, ni commueve ni admira. Si es el teatro la escuela de las costumbres, si en él han de imitarse los vicios y virtudes para enseñanza nuestra, ¿a qué fin llenarle de espectros y fantasmas y entes quiméricos que nadie ha visto, ni puede concebir? Píntese al hombre en todos los estados y situaciones de la vida, háganse patentes los ocultos movimientos de su corazón, el origen y el progreso de sus errores y sus vicios, el término a que le conducen los extravíos de su razón o el desenfreno de sus pasiones; y entonces la fábula, siendo verosímil, será maravillosa, instructiva y bella. Pero Shakespeare, a quien con demasiada ligereza suelen dar algunos el título de Maestro, estaba muy lejos de conocer estas delicadezas del arte, y repitió en sus composiciones el triste ejemplo, de que la más fecunda imaginación es incapaz por sí sola de producir una obra perfecta; si los preceptos que dictaron la observación y el buen gusto, no la moderan y la conducen.

Si el teatro inglés se halla tan atrasado todavía, a pesar de los buenos ingenios que han cultivado la Poesía escénica en aquella nación, atribúyase al magisterio concedido a Shakespeare y a la supersticiosa ceguedad con que se venera cuanto salió de su pluma. Si en España no hubiese combatido la crítica moderna el ponderado mérito de muchos autores líricos y dramáticos, célebres corruptores del buen gusto en uno y otro género, todavía se ocuparían nuestros Poetas en ajustar acrósticos y enredar laberintos; todavía se llamaría sublimidad y agudeza la oscuridad, la

hinchazón, los equívocos, las paronomasias y retruécanos; y todavía saldrían a hacer papel en nuestros teatros la *Iglesia Católica*, el *Rey David*, las tres *Potencias del alma*, la *Primavera*, el *Diablo y el Cordero Pascual*.

Pero dirán, si tales son los dramas de Shakespeare, ¿cómo es que toda una nación, no menos respetable por su cultura, que por su opulencia y su poder, no sólo le admira y le considera superior a cuantos Poetas han enriquecido su teatro; sino que ufana de poseerle, tal vez imagina imposible que nadie le oscurezca ni le compita? No es difícil hallar la solución de este problema si se advierte que en las obras de ingenio, el ingenio es lo más, y que en las dramáticas no hay defecto más intolerable que la frialdad y languidez. Represéntese, por ejemplo, el menos frío de los insípidos diálogos que de algunos años a esta parte se han impreso en España con nombre de Tragedias, y cualquiera de las monstruosas fábulas cómico-heroicas de Candamo, Solís o Calderón; el concurso dormirá profundamente con el primero de estos espectáculos y aplaudirá el segundo. Porque si es cierto que para formar un drama excelente se necesitan un talento superior y un profundo conocimiento del arte, también lo es que, hallando separadas estas dos prendas, el público preferirá con razón el talento criador al arte que nada produce; y una composición ingeniosa, fecunda en accidentes, capaces de conmoverle y deleitarle, a una regularidad narcótica que te empalague y te adormezca. Agrada, pues, Shakespeare y agradará mientras no aparezca otro hombre que dotado de igual sensibilidad y

fantasía, de más delicado gusto y mayor instrucción (cosa difícil en verdad, aunque no imposible) dé nueva forma a aquél teatro, verificando en Inglaterra, la revolución feliz que hizo en Francia el inmortal Corneille.

Pero sin las luces de la buena crítica, las artes no se perfeccionan, y es mal medio de procurar el acierto en ninguna de ellas, proponer a la juventud por modelos de imitación, producciones desarregladas en que, no sin razón, se duda si el número de las bellezas iguala o excede al de los defectos. Tales obras, aunque contengan pedazos excelentes, servirán sólo de perpetuar la corrupción del gusto; y si llega a admitirse la máxima de que el ingenio no debe sujetarse a los preceptos científicos, y que no es lícito examinar a aquellos grandes hombres, discípulos de la naturaleza, fecundos e incultos como el original que imitaron, no hay medio, esta opinión acreditada una vez, será la ruina de las artes.

No es, pues, el gran Shakespeare el ejemplar que ha de proponerse a quien siga la carrera del teatro; cualquier elogio, cualquier título que le quieran dar podrá convenirle, pero el de Maestro no. El talento no se aprende; se adquiere sólo el modo de usar el talento, y no es apto para enseñar a los demás el que sobresalió únicamente en aquello que no se puede aprender.

Si esto se concede, si se le considera como un autor, falto de principios, de modelos que imitar, de competidores que

vencer, obligado a escribir por necesidad más que por elección, arrastrado del mal ejemplo de su siglo, y destinado a dar espectáculos a un pueblo grosero e ignorante, a quien quiso agradar, más que instruir; admírense, en buen hora, aquellos felices rasgos del ingenio que brillan entre la barbarie, la indecencia, la extravagancia y ferocidad de sus dramas. Su genio observador, su entendimiento despejado y robusto, su exquisita sensibilidad, su fantasía fecundísima, llenaron de bellezas plausibles aquellas mismas obras en que tantos errores abundan; bellezas originales, porque él de nadie imitó; bellezas de todos géneros, porque a todos se atrevió con igual osadía; bellezas, en fin, que han podido asegurar su gloria, por espacio de dos siglos, en el concepto de toda una nación.

Él supo evitar mucha parte de los defectos que halló en el teatro inglés, abriendo una senda hasta entonces no practicada, o poco seguida. Conoció cuán difícilmente pueden sostenerse en la escena las fábulas alegóricas, advirtió que los misterios de la religión no debían profanarse a los ojos del público, por medio de ficciones no menos ridículas que incapaces de añadir pruebas a la fe, cuya esencia consiste en persuadirnos de aquellas verdades sublimes, que ni los sentidos ni la razón alcanzan. Abandonó uno y otro género, y eligió el único que era capaz de perfección no ignorando que en la pintura de los caracteres y defectos humanos, ingeniosamente dispuesta, se hallaría instrucción más útil que cuanta podía esperarse de las cuestiones dogmáticas de los *Misterios*, ni del caos

metafísico de las *Moralidades*. La ambición del mando, los horrores de la tiranía, el entusiasmo de libertad, la lisonja infame compañera del poder, la ingratitud, el orgullo, la ternura filial, la fe conyugal, la pasión terrible de los celos, la virtud infeliz, las discordias civiles, el trastorno de los grandes imperios, los castigos de la Providencia; todo en su pluma recibió forma y vida. Cuando acierta en la pintura de un carácter, se reconoce la robusta mano de aquel artífice que no nació para imitar, cuando acierta con una situación patética, no hiere levemente los ánimos de la multitud; la suspende, la enajena, conturba el corazón, inunda los ojos en lágrimas. Trató muchas veces los puntos más delicados de política y moral con grande inteligencia, dando lecciones a los hombres en el teatro, que no las oyeron más útiles en la Academia o en el Pórtico. Llenó sus dramas de interés, movimiento, variedad y pompa, vertiendo en ellos todas las gracias del lenguaje, versificación y estilo; y aun cuando apartándose de la verdadera elegancia, degenera en afectado y gigantesco, aquellas mismas sutilezas, aquel tono enfático, dan un no sé qué de brillante y sublime a la locución, que aunque repugne a los inteligentes, halaga los oídos del vulgo, que siente y no examina. Estas obras, representadas a los ojos de una nación, en que la crítica aplicada al teatro no ha hecho hasta ahora los mayores progresos, para quien todo lo natural es bello, todo lo energético y extraordinario, sublime y admirable, reflexiva, melancólica, libre (o persuadida de que lo es) llena de patriotismo que toca en orgullo, de energía que es rudeza tal

vez, producen efectos maravillosos; allí triunfa todavía Shakespeare, y allí es necesario juzgarle.

Pero si aún es tan grande el entusiasmo con que se admiran sus obras, ¿cuál sería el que debieron excitar cuando por la primera vez se vieron en los teatros de Inglaterra? La corte y el público, haciendo justicia al mérito superior que en ellas encontraban, olvidaron las antiguas, y de allí en adelante nada sufrían que no imitase el carácter original del nuevo autor. Aclamado, pues, entre los suyos por padre de la escena inglesa y el mayor Poeta de su siglo, ¿qué estímulos no sentiría para dedicarse a merecer y asegurarse en el concepto universal dictados tan gloriosos, por más de veinte años que permaneció en el teatro, ya como actor, ya como interesado en el gobierno y utilidades de su Compañía? Las piezas cómicas o trágicas de este escritor, que hoy existen y se reconocen por suyas, llegan a treinta y dos, con otras diez más que se le atribuyen, acerca de las cuales son varias las opiniones de los eruditos; se cree también que hubiese compuesto otras, y que en las de algunos Poetas de su tiempo, especialmente en las de Johnson, hay muchas escenas y planes suyos.

La Reina Isabel, aquella gran Princesa cuyo nombre no se repite en los fastos de su nación sin agradecimiento y elogio, tal vez alivió los cuidados del gobierno, asistiendo a la representación de las obras de Shakespeare, que oía con singular deleite, colmando al autor de honores y recompensas. Los Señores de la corte imitaron la

beneficencia de aquella Soberana, y entre ellos el Lord Pembroke, el célebre y desdichado Conde de Essex, el de Montgomeri, y el de Southampton fueron los que más se distinguieron en favorecerle, y no cesó con la muerte de Isabel la fortuna de Shakespeare; Jacobo I le miró siempre con aquella predilección a que le habían hecho acreedor, no menos sus virtudes, que su talento.

Pero apenas había cumplido los 47 años de su edad, cuando superior a toda idea de ambición, sordo al favor de tan ilustres protectores, modesto en medio de tantos aplausos, y deseoso únicamente de gozar aquel reposo, aquella paz del corazón, recompensa de las almas justas, por la que había suspirado largo tiempo, se retiró a su patria para vivir en ella el resto de sus días, oscuro y feliz. Cómoda habitación, parca mesa, jardín sombrío, pocos amigos, pero dignos de él, pocos y doctos libros; estos fueron los placeres que halló, y los únicos capaces de procurarle verdadero contento. Allí manifestó aquella simplicidad de costumbres que había sabido conservar entre la relajación del teatro y los peligros de una capital inmensa; y allí, huyendo de su gloria, vivió retirado, tranquilo, amado de cuantos le conocieron practicó en silencio la virtud, cultivó sus campos y aprendió a familiarizarse con las ideas de la muerte, sin desearla ni temerla. Falleció el día 23 de Abril de 1616, y fue enterrado en la Iglesia mayor de Stratford, donde hoy se conserva su sepulcro.

Siete años después de su muerte se publicó la primera colección de sus obras, que han sido impresas en diferentes épocas. Rowe, Pope, Warburton y Theobald, Hanmer, Jonhson, Sewell Grey, Malone y otros eruditos las han ilustrado con prólogos, notas y comentarios, dando de ellas magníficas ediciones, que diariamente se multiplican. La pintura ha formado en Londres una copiosa galería de cuadros, representando en ellos las principales situaciones de sus dramas, que el grabado ha repetido en exquisitas láminas. La escultura ha esparcido su retrato por toda Inglaterra en estatuas y bustos. Garrik le consagró un templo a orillas del Támesis. En las del Avon, que baña los muros de Stratford, se celebra su memoria con himnos y fiestas; y en la Iglesia de Westminster, donde reposan las cenizas de los Monarcas, de los Héroes y los Sabios de aquella nación, Shakespeare tiene entre ellos digno monumento.

PERSONAS.

CLAUDIO, *Rey.*
GETRUDIS, *Reyna.*
HAMLET, *Príncipe*
FORTINBRÁS, *Príncipe de Noruega.*
La sombra del REY HAMLET.
POLONIO, *Sumiller de Corps.*
OFELIA, *hija.*
LARRTES, *hijo.*
HORACIO, *amigo de Hamlet.*
VOLTIMAN.
CORNELIO.
RICARDO.
GUILLERMO.
HENRIQUE.
MARCELO.
BERNARDO.
FRANCISCO.
REYNALDO, *criado de Polonio.*
Dos Embaxadores de Inglaterra.
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.

} *de Dinamarca.*

} *de Polonio.*

} *Cortesanos.*

} *Soldados.*

DOS SEPULTUREROS.

QUATRO CÓMICOS.

*Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas,
Soldados, Curas, Cómicos, Criados, &c.*

La scena se representa en el Palacio y Ciudad de Elsingór, en sus cercanías
y en las fronteras de Dinamarca.

Acto I

Escena I

Explanada delante del Palacio Real de Elsingor. Noche oscura. FRANCISCO, BERNARDO

Bernardo

¿Quién está ahí?

Francisco

No, respóndame él a mí. Deténgase y diga quién es.

Bernardo

¡Viva el Rey!

Francisco

¿Es Bernardo?

Bernardo

El mismo.

Francisco

Tú eres el más puntual en venir a la hora.

Bernardo

Las doce han dado ya; bien puedes ir a recogerte

Francisco

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frío que penetra y yo estoy delicado del pecho.

Bernardo

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

Francisco

Ni un ratón se ha movido.

Bernardo

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras a Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

Francisco

Me parece que los oigo. Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

Escena II

HORACIO, MARCELO y dichos.

Horacio

Amigos de este país.

Marcelo

Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.

Francisco

Buenas noches.

Marcelo

¡Oh! ¡Honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

Francisco

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

Marcelo

¡Hola! ¡Bernardo!

Bernardo

¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

Horacio

Un pedazo de él.

Bernardo

Bienvenido, Horacio; Marcelo, bienvenido.

Marcelo

¿Y qué? ¿Se ha vuelto a aparecer aquella cosa esta noche?

Bernardo

Yo nada he visto

Marcelo

Horacio dice que es aprehensión nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de ese espantoso fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga a la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito a nuestros ojos, y le hable si quiere.

Horacio

¡Qué! No, no vendrá.

Bernardo

Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oír y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

Horacio

Muy bien, sentémonos y oigamos lo que Bernardo nos cuente.

Bernardo

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera, para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, a tiempo que el reloj daba la una...

Marcelo

Chit. Calla, mírale por donde viene otra vez.

Bernardo

Con la misma figura que tenía el difunto Rey.

Marcelo

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

Bernardo

¿No se parece todo al Rey? Mírale, Horacio.

Horacio

Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

Bernardo

Querrá que le hablen.

Marcelo

Háblale, Horacio.

Horacio

¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo a la noche,
y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la
majestad del Soberano Danés, que yace en el sepulcro?
Habla, por el Cielo te lo pido.

Marcelo

Parece que está irritado.

Bernardo

¿Ves? Se va, como despreciándonos.

Horacio

Detente, habla. Yo te lo mando. Habla.

Marcelo

Ya se fue. No quiere respondernos.

Bernardo

¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color.
¿No es esto algo más que aprensión? ¿Qué te parece?

Horacio

Por Dios que nunca lo hubiera creído, sin la sensible y cierta demostración de mis propios ojos.

Marcelo

¿No es enteramente parecido al Rey?

Horacio

Como tú a ti mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega, y así le vi arrugar ceñudo la frente cuando en una altercación colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... ¡Extraña aparición es ésta!

Marcelo

Pues de esa manera, y a esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante

de nuestra guardia.

Horacio

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza a nuestra nación.

Marcelo

Ahora bien, sentémonos y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa; ¿por qué fatigan todas las noches a los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundición de cañones de bronce y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados a un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches a los días? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

Horacio

Yo te lo diré, o a lo menos, los rumores que sobre esto corren. Nuestro último Rey (cuya imagen acaba de aparecerse) fue provocado a combate, como ya sabéis, por Fortimbrás de Noruega estimulado éste de la más orgullosa emulación. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató a Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado según el fuero

de las armas, cedía al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro Rey se obligó también a cederle una porción equivalente, que hubiera pasado a manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el joven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presunción, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega, una turba de gente resuelta y perdida, a quien la necesidad de comer determina a intentar empresas que piden valor; y según claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y a fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictamen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitación y movimiento en que toda la nación está.

Bernardo

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser..., y en parte lo confirma la visión espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto, con la figura misma del Rey, que fue y es todavía el autor de estas guerras.

Horacio

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época más gloriosa y feliz de

Roma, poco antes que el poderoso César cayese quedaron vacíos los sepulcros y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse como si el fin del mundo hubiese llegado.

Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos, el cielo y la tierra juntos los han manifestado a nuestro país y a nuestra gente... Pero. Silencio... ¿Veis?..., allí... Otra vez vuelve... Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro. Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz háblame. Si allá donde estás puedes recibir algún beneficio para tu descanso y mi perdón, háblame. Si sabes los hados que amenazan a tu país, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay!, habla... O si acaso, durante tu vida, acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, después de la muerte vagáis inquietos; décláralo... Detente y habla... Marcelo, detenle.

Marcelo

¿Le daré con mi lanza?

Horacio

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

Bernardo

Aquí está.

Horacio

Aquí.

Marcelo

Se ha ido. Nosotros le offendemos, siendo él un Soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

Bernardo

Él iba ya a hablar cuando el gallo cantó.

Horacio

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al Dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que a este anuncio, todo extraño espíritu errante por la tierra o el mar, el fuego o el aire, huye a su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinión.

Marcelo

En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro

matutino canta toda la noche y que entonces ningún espíritu se atreve a salir de su morada, las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente, ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos. ¡Tan sagrados son y tan felices aquellos días!

Horacio

Yo también lo tengo entendido así y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin a la guardia, y soy de opinión que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche, porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que dé esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligación?

Marcelo

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en donde le hallaremos esta mañana, con más seguridad.

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO,
LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, Caballeros, Damas
y acompañamiento.

Salón de Palacio.

Claudio

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga a mantener en tristeza los corazones y a que en todo el Reino sólo se observe la imagen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razón a la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que a nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa, a la que un tiempo fue mi hermana y hoy reina commigo, compañera en el trono de esta belicosa nación; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido a la felicidad las lágrimas, las fiestas a pompa fúnebre, los cánticos de muerte a los epitalamios de Himeneo, pesados en igual balanza el placer y la aflicción. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasión ha procedido con absoluta libertad de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros, que el joven Fortimbrás, estimándome en poco, o presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el Reino trastorno y desunión; fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano, con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que a mí toca y en cuanto al objeto que hoy nos reúne; veisle aquí. Escribo al Rey de Noruega, tío del joven Fortimbrás,

que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, a fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno, que exceda los límites expresados en estos artículos. Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el celo de servirme.

Voltiman

En esta y cualquiera otra comisión os daremos pruebas de nuestro respeto.

Claudio

No lo dudaré. El Cielo os guarde.

Escena IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, Damas, Caballeros y acompañamiento.

Claudio

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretensión, ¿no me dirás cuál sea? En cualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el

ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea más ofrecimiento mío, que demanda tuya? No es más adicto a la cabeza el corazón ni más pronta la mano en servir a la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

Laertes

Respetable Soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver a Francia. De allí he venido voluntariamente a Dinamarca a manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronación; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinación me llaman de nuevo a aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

Claudio

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices Polonio?

Polonio

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque a pesar mío; y os ruego, señor, que se la concedáis.

Claudio

Elige el tiempo que te parezca más oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea más conducente a tu felicidad. Y tú, Hamlet, ¡mi deudo, mi hijo!

Hamlet

Algo más que deudo, y menos que amigo.

Claudio

¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

Hamlet

Al contrario, señor, estoy demasiado a la luz.

Gertrudis

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca; ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo a tu generoso padre. Tú lo sabes, común es a todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza a la eternidad.

Hamlet

Sí señora, a todos es común.

Gertrudis

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

Hamlet

¿Aparentar? No señora, yo no sé apparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante río, ni la dolorida expresión del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las

exterioridades de sentimiento; bastarán por sí solos, mi querida madre, a manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí, aquí dentro tengo lo que es más que apariencia, lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

Claudio

Bueno y laudable es que tu corazón pague a un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero, no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre también y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligación de su obsequiosa tristeza a un cierto término; pero continuar en interminable inconsuelo, es una conducta de obstinación impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto; que anuncia una voluntad rebelde a los decretos de la Providencia, un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazón padecza, queriendo neciamente resistir a lo que es y debe ser inevitable, a lo que es tan común como cualquiera de las cosas que más a menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el Cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda a la razón, que nos da en la muerte de nuestros padres la más frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy expira: Mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte. Modera,

pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza, considera que tienes un padre en mi puesto, que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona más inmediata a mi trono y que te amo con el afecto más puro que puede tener a su hijo un padre. Tu resolución de volver a los estudios de Witemberga es la más opuesta a nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella; permaneciendo aquí, estimado y querido a vista nuestra, como el primero de mis Cortesanos, mi pariente y mi hijo.

Gertrudis

Yo te ruego Hamlet, que no vayas a Witemberga; quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

Hamlet

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

Claudio

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento, no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis sin que lo anuncie a las nubes el cañón robusto, y el cielo retumbe muchas veces a las aclamaciones del Rey repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

Escena V

HAMLET solo

Hamlet

¡Oh! ¡Si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse, disuelta en lluvia de lágrimas! ¡O el Todopoderoso no asestara el cañón contra el homicida de sí mismo! ¡Oh! ¡Dios! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él, es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado a suceder a los dos meses que él ha muerto! No, ni tanto, aún no ha dos meses. Aquel excelente Rey, que fue comparado con este, como con un Sátiro, Hiperión; tan amante de mi madre, que ni a los aires celestes permitía llegar atrevidos a su rostro. ¡Oh! ¡Cielo y tierra! ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesión hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡Ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad! ¡Tú tienes nombre de mujer! En el corto espacio de un mes y aún antes de romper los zapatos con que, semejante a Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... Sí, ella, ella misma. ¡Cielos! Una fiera, incapaz de razón y discurso, hubiera mostrado aflicción más durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de

mi padre; pero no más parecido a él que yo lo soy a Hércules. En un mes... enrojecidos aún los ojos con el pérvido llanto, se casó. ¡Ah! ¡Delincuente precipitación! ¡Ir a ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero, hazte pedazos corazón mío, que mi lengua debe reprimirse.

Escena VI

HAMLET, HORACIO, BERNARDO y MARCELO

Horacio

Buenos días, señor.

Hamlet

Me alegro de verte bueno... ¿Es Horacio? O me he olvidado de mí propio.

Horacio

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

Hamlet

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga? ¡Ah!
¡Marcelo!

Marcelo

Señor.

Hamlet

Mucho me alegro de verte con salud también. Pero, la verdad, ¿a qué has venido de Witemberga?

Horacio

Señor..., deseos de holgarme.

Hamlet

No quisiera oír de boca de tu enemigo otro tanto, ni podrás forzar mis oídos a que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero, dime, ¿qué asuntos tienes en Elsingor? Aquí te enseñaremos a ser gran bebedor antes que te vuelvas.

Horacio

He venido a ver los funerales de vuestro padre.

Hamlet

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido a las bodas de mi madre.

Horacio

Es verdad, como se han celebrado inmediatamente.

Hamlet

Economía, Horacio, economía. Aún no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del

duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda...
¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... Me parece que veo a mi padre.

Horacio

¿En dónde, señor?

Hamlet

Con los ojos del alma, Horacio.

Horacio

Alguna vez le vi. Era un buen Rey.

Hamlet

Era un hombre tan cabal en todo que no espero hallar otro semejante.

Horacio

Señor, yo creo que le vi anoche.

Hamlet

¿Le viste? ¿A quién?

Horacio

Al Rey vuestro padre.

Hamlet

¿Al Rey mi padre?

Horacio

Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso apoyado con el testimonio de estos caballeros.

Hamlet

Sí, por Dios, dímelo.

Horacio

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como a la mitad de la profunda noche. Una figura, semejante a vuestro padre, armada según él solía de pies a cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimía el pavor, acercándose hasta donde ellos podían alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; voyme a la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora, como en la forma y circunstancias de aquella aparición. La Sombra volvió en efecto. Yo conocí a vuestro padre, y es tan parecido a él, como lo son entre sí estas dos manos mías.

Hamlet

¿Y en dónde fue eso?

Marcelo

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

Hamlet

¿Y no le hablasteis?

Horacio

Sí señor, yo le hablé; pero no me dio respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese a hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

Hamlet

¡Es cosa bien admirable!

Horacio

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, mi venerado Príncipe.

Hamlet

Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbación.
¿Estáis de centinela esta noche?

Todos

Sí, señor.

Hamlet

¿Decís que iba armado?

Todos

Sí, señor, armado.

Hamlet

¿De la frente al pie?

Todos

Sí, señor, de pies a cabeza.

Hamlet

Luego no le visteis el rostro.

Horacio

Le vimos, porque traía la visera alzada.

Hamlet

¿Y qué? ¿Parecía que estaba irritado?

Horacio

Más anunciaba su semblante el dolor que la ira.

Hamlet

¿Pálido o encendido?

Horacio

No, muy pálido.

Hamlet

¿Y fijaba la vista en vosotros?

Horacio

Constantemente.

Hamlet

Yo hubiera querido hallarme allí.

Horacio

Mucho pavor os hubiera causado.

Hamlet

Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?

Horacio

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento, con moderada diligencia.

Marcelo

Más, más estuvo.

Horacio

Cuando yo le vi, no.

Hamlet

La barba blanca, ¿eh?

Horacio

Sí, señor, como yo se la había visto cuando vivía; de un color ceniciente.

Hamlet

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

Horacio

¡Oh! Sí volverá, yo os lo aseguro.

Hamlet

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre yo le hablaré aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido a todos que así como hasta ahora habéis callado a los demás, lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no a la lengua; y yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré a buscaros a la muralla.

Todos

Nuestra obligación es serviros.

Hamlet

Sí, conservadme vuestro amor y estad seguros del mío. Adiós. El espíritu de mi padre... Con armas... No es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh! ¡Si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma

mía. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin a la vista humana.

Escena VII

LAERTES, OFELIA

Sala de la casa de Polonio.

Laertes

Ya tengo todo mi equipaje a bordo. Adiós hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darmte nuevas de ti.

Ofelia

¿Puedes dudarlo?

Laertes

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta a vivir y no permanece hermosa, no durable: perfume de un momento y nada más.

Ofelia

Nada más.

Laertes

Pienso que no, porque no sólo en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen también con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borrón alguno la pureza de su intención; pero debes temer, al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia y que vive sujeto a obrar según a su nacimiento corresponde. Él no puede como una persona vulgar, elegir por sí mismo; puesto que de su elección depende la salud y prosperidad de todo un Reino y ve aquí por qué esta elección debe arreglarse a la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así, pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito; reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte más principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oídos a su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazón o facilitando a sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia, teme querida hermana, no sigas inconsiderada tu inclinación; huye del peligro colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella más honesta, es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun

antes que su botón se rompa, y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son más frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaución alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud, aun cuando nadie la combate, halla en sí misma su propio enemigo.

Ofelia

Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos Pastores hacen mostrando áspero y espinoso el camino del Cielo, mientras como impíos y abandonados solitarios pisan ellos la senda florida de los placeres; sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

Laertes

¡Oh! No lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre, pues la ocasión es favorable me despediré de él otra vez. Su bendición repetida será un nuevo consuelo para mí.

Escena VIII

POLONIO, LAERTES, OFELIA

Polonio

¿Aún estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo, a bordo, el viento impele ya por la popa tus velas, y a ti sólo aguardan. Recibe mi bendición y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une a tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste después de examinada su conducta; pero no acaricies con mano prodiga a los que acaban de salir del cascarón y aún están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oído a todos y a pocos la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinión. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan; pero no afectado en su hechura, rico, no extravagante, porque el traje dice por lo común quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado a nadie, porque el que presta suele perder a un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra a pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden, que nos es tan útil. Pero, sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demás, consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al día. Adiós y Él permita que mi bendición haga fructificar en ti estos consejos.

Laertes

Humildemente os pido vuestra licencia.

Polonio

Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan;
vete.

Laertes

Adiós, Ofelia, y acuérdate bien de lo que te he dicho.

Ofelia

En mi memoria queda guardado y tú mismo tendrás la
llave.

Laertes

Adiós.

Escena IX

POLONIO, OFELIA

Polonio

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

Ofelia

Si gustáis de saberlo, cosas eran relativas al Príncipe
Hamlet.

Polonio

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo a esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, a fin de que prevenga el riesgo) debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde a una hija mía y a tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

Ofelia

Últimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

Polonio

¡Amor! ¡Ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia, en circunstancias tan peligrosas.
¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito a esa ternura?

Ofelia

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

Polonio

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en más a ti propia; pues si te aprecias en menos de lo que

vales (por seguir la comenzada alusión) harás que pierda el entendimiento.

Ofelia

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que...

Polonio

Sí, por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien?
Prosigue.

Ofelia

Y autorizó cuanto me decía con los más sagrados juramentos.

Polonio

Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierge, con cuanta prodigalidad presta el alma juramentos a la lengua; pero son relámpagos, hija mía, que dan más luz que calor; estos y aquellos se apagan pronto y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van a efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser más avara de tu presencia virginal; pon tu conversación a precio más alto, y no a la primera insinuación admitas coloquios. Por lo que toca al Príncipe, debes creer de él solamente que es un joven, y que si una vez afloja las riendas pasará más allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia,

no creas sus palabras que son fermentidas, ni es verdadero el color que aparentan; son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es sólo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que desde hoy no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar, ni mantener conversación con el Príncipe. Cuidado con hacerlo así: yo te lo mando. Vete a tu aposento.

Ofelia

Así lo haré, señor.

Escena X

HAMLET, HORACIO, MARCELO

Explanada delante del Palacio. Noche oscura.

Hamlet

El aire es frío y sutil en demasía.

Horacio

En efecto, es agudo y penetrante.

Hamlet

¿Qué hora es ya?

Horacio

Me parece que aún no son las doce.

Marcelo

No, ya han dado.

Horacio

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero, ¿qué significa este ruido, señor?

Hamlet

Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete, con gran vocería y traspieses de embriaguez y a cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

Horacio

¿Se acostumbra eso aquí?

Hamlet

Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho a sus estilos, me parece que sería más decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal que embrutece el entendimiento nos infama a los ojos de las otras naciones, desde oriente a occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso y en verdad que él

solo, por más que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta a empañar el lustre de nuestra reputación. Así acontece frecuentemente a los hombres. Cualquier defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquier desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razón, o sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza o el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido a un mortal, y tan puras como la bondad celeste; serán no obstante amancilladas en el concepto público, por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al más precioso metal y le envilece.

Horacio

¿Veis? Señor, ya viene.

Hamlet

¡Ángeles y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa o condenada visión, traigas contigo aura celestial o ardores del infierno, sea malvada o benéfica intención la tuya en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi Rey, mi Padre, Soberano de Dinamarca... ¡Oh, respóndeme, no me atormentes con la duda! Dime,

¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez a ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo a la noche horror? ¿Y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padecamos agitación espantosa con ideas que exceden a los alcances de nuestra razón? Di, ¿por qué es esto? ¿Por qué?, o ¿qué debemos hacer nosotros?

Horacio

Os hace señas de que le sigáis, como si deseara comunicaros algo a solas.

Marcelo

Ved con qué expresivo ademán os indica que le acompañéis a lugar más remoto; pero no hay que ir con él.

Horacio

No, por ningún motivo.

Hamlet

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

Horacio

No hagáis tal, señor.

Hamlet

¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo nada la vida, en nada, y a mi alma, ¿qué puede él hacerle, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voyle a seguir.

Horacio

Pero, señor, si os arrebata al mar o a la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de la razón, y enajenarla con frenesí... ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar sólo inspira ideas melancólicas a cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

Hamlet

Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

Marcelo

No señor, no iréis.

Hamlet

Dejadme.

Horacio

Creedme, no le sigáis.

Hamlet

Mis hados me conducen y prestan a la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del león de Nemea.
Aún me llama... Señores, apartad esas manos... Por Dios..., o quedará muerto a las mías el que me detenga.
Otra vez te digo que andes, que voy a seguirte.

Escena XI

HORACIO, MARCELO

Horacio

Su exaltada imaginación le arrebata.

Marcelo

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

Horacio

Sí, vamos detrás de él... ¿Cuál será el fin de este suceso?

Marcelo

Algún grave mal se oculta en Dinamarca.

Horacio

Los Cielos dirigirán el éxito.

Marcelo

Vamos, sigámosle.

Escena XII

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET

Parte remota cercana al mar. Vista a lo lejos del Palacio de Elsingor.

Hamlet

¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

La sombra

Mírame.

Hamlet

Ya te miro.

La sombra

Casi es ya llegada la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y atormentadoras llamas.

Hamlet

¡Oh! ¡Alma infeliz!

La sombra

No me compadezcas: presta sólo atentos oídos a lo que voy a revelarte.

Hamlet

Habla, yo te prometo atención.

La sombra

Luego que me oigas, prometerás venganza.

Hamlet

¿Por qué?

La sombra

Yo soy el alma de tu padre: destinada por cierto tiempo a vagar de noche y aprisionada en fuego durante el día; hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! Si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prisión que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría a despedazar tu corazón, helar tu sangre juvenil, tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos, separarse, erizándose como las púas del colérico espín. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! Atiende. Si tuviste amor a tu tierno padre...

Hamlet

¡Oh, Dios!

La sombra

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

Hamlet

¿Homicidio?

La sombra

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el más cruel y el más injusto y el más aleve.

Hamlet

Refiéremelo presto, para que con alas veloces, como la fantasía, o con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite a la venganza.

La sombra

Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy a decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparciose la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió a tu padre, hoy ciñe su corona.

Hamlet

¡Oh! Presago me lo decía el corazón, ¿mi tío?

La sombra

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... ¡Oh! ¡Talento y dádivas malditas que tal poder tenéis para seducir!... Supo inclinar a su deshonesto apetito la voluntad de la Reina mi esposa,

que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh! ¡Hamlet! ¡Cuán grande fue su caída! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro... Yo, siempre tan fiel a los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fui aborrecido y se rindió a aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores a las mías. Pero, así como la virtud será incorruptible aunque la disolución procure excitarla bajo divina forma, así la incontinencia aunque viviese unida a un Ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual, de tal manera es contraria a la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la más pura y robusta sangre, como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó a despegarse a trechos con una especie de lepra en áspera y asquerosas costras. Así fue que estando durmiendo, perdí a manos de mi hermano mismo, mi corona, mi esposa y mi vida a un tiempo. Perdí la vida, cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin

lugar al reconocimiento de tanta culpa: presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh! ¡Maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero, de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas a tu madre. Abandona este cuidado al Cielo: deja que aquellas agudas puntas que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adiós. Ya la luciérnaga amortiguando su aparente fuego nos anuncia la proximidad del día. Adiós. Adiós. Acuérdate de mí.

Escena XIII

HAMLET, y después HORACIO y MARCELO

Hamlet

¡Oh! ¡Vosotros ejércitos celestiales! ¡Oh! ¡Tierra!... ¿Y quién más? ¿Invocaré al infierno también? ¡Eh! No... Detente corazón mío, detente, y vos mis nervios no así os debilitéis en un momento: sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré, y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las

ideas e impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer, la más delincuente! ¡Oh! ¡Malvado! ¡Halagüeño y execrable malvado! Conviene que yo apunte en este libro... Sí... Que un hombre puede halagar y sonreírse y ser un malvado; a lo menos, estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y éste es mi tío... Sí, tú eres... ¡Ah! Pero la expresión que debo conservar, es esta. Adiós, adiós, acuérdate de mí. Yo he jurado acordarme.

Horacio

Señor, señor.

Marcelo

Hamlet.

Horacio

Los Cielos le asistan.

Hamlet

¡Oh! Háganlo así.

Marcelo

¡Hola! ¡Eh, señor!

Hamlet

¡Hola? amigos, ¡eh! Venid, venid acá.

Marcelo

¿Qué ha sucedido?

Horacio

¿Qué noticias nos dais?

Hamlet

¡Oh! Maravillosas.

Horacio

Mi amado señor, decidlas.

Hamlet

No, que lo revelareis.

Horacio

No, yo os prometo que no haré tal.

Marcelo

Ni yo tampoco.

Hamlet

Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano... Pero ¿guardaréis secreto?

Los dos

Sí señor, yo os lo juro.

Hamlet

No existe en toda Dinamarca un infame..., que no sea un gran malvado.

Horacio

Pero, no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro a persuadirnos esa verdad.

Hamlet

Sí, cierto, tenéis razón, y por eso mismo, sin tratar más del asunto, será bien despedirnos y separarnos; vosotros a donde vuestros negocios o vuestra inclinación os lleven..., que todos tienen sus inclinaciones, y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, a mi triste ejercicio. A rezar.

Horacio

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y orden.

Hamlet

Mucho me pesa de haberlos ofendido con ellas, sí por cierto, me pesa en el alma.

Horacio

¡Oh! Señor, no hay ofensa ninguna.

Hamlet

Sí, por San Patricio, que sí la hay y muy grande, Horacio... En cuanto a la aparición... Es un difunto venerable... Sí, yo os lo aseguro... Pero, reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha

pasado entre él y yo. ¡Ah! ¡Mis buenos amigos! Yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedáis una corta merced.

Horacio

Con mucho gusto, señor, decid cual sea.

Hamlet

Que nunca revelaréis a nadie lo que habéis visto esta noche.

Los dos

A nadie lo diremos.

Hamlet

Pero es menester que lo juréis.

Horacio

Os doy mi palabra de no decirlo.

Marcelo

Yo os prometo lo mismo.

Hamlet

Sobre mi espada.

Marcelo

Ved que ya lo hemos prometido.

Hamlet

Sí, sí, sobre mi espada.

La sombra

Juradlo.

Hamlet

¡Ah! ¿Eso dices?.. ¿Estás ahí hombre de bien?..

Vamos: ya le oís hablar en lo profundo ¿Queréis jurar?

Horacio

Proponed la fórmula.

Hamlet

Que nunca diréis lo que habéis visto. Juradlo por mi espada.

La sombra

Juradlo.

Hamlet

¿Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí: poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella, que nunca diréis nada de esto que habéis oído y visto.

La sombra

Juradlo por su espada.

Hamlet

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero
¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la
tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto,
amigos.

Horacio

¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué extraño
prodigo es éste!

Hamlet

Por eso como a un extraño debéis hospedarle y tenerle
oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra
hay más de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid
acá y, como antes dije, prometedme (así el Cielo os
haga felices) que por más singular y extraordinaria que
sea de hoy más mi conducta (puesto que acaso juzgaré
a propósito afectar un proceder del todo extravagante)
nunca vosotros al verme así daréis nada a entender,
cruzando los brazos de esta manera, o haciendo con la
cabeza este movimiento, o con frases equívocas como:
sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos, si
quisiéramos... si gustáramos de hablar, hay tanto que
decir en eso; pudiera ser que... o en fin, cualquiera otra
expresión ambigua, semejante a éstas, por donde se
infiera que vosotros sabéis algo de mí. Juradlo; así en
vuestras necesidades os asista el favor de Dios.

Juradlo.

La sombra

Jurad.

Hamlet

Descansa, descansa agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo a vosotros con la mayor instancia, y creed que por más infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimación y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desorden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh! ¡Nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

Escena I

POLONIO, REYNALDO

Sala en casa de Polonio.

Polonio

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

Reynaldo

Así lo haré, señor.

Polonio

Será un admirable golpe de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

Reynaldo

En eso mismo estaba yo.

Polonio

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en qué términos, con quién, y en dónde están, a quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos

rodeos y preguntas indirectas, que conocen a mi hijo, entonces ve en derechura a tu objeto, encaminando a él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco a su padre, y a algunos amigos tuyos, y aun a él un poco... ¿Lo has entendido?

Reynaldo

Sí, señor, muy bien.

Polonio

Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entonces), pero no le he tratado. Si es el que yo creo a fe que es bien calavera; inclinado a tal o tal vicio... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla sólo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes a todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

Reynaldo

Como el jugar, ¿eh?

Polonio

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear... Hasta esto bien puedes alargarte.

Reynaldo

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

Polonio

No por cierto, además que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un joven abandonado enteramente a la disolución; no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte que parezcan nulidades producidas de falta de sujeción y no otra cosa: extravíos de una imaginación ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

Reynaldo

Pero, señor...

Polonio

¡Ah! Tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

Reynaldo

Gustaría de saberlo.

Polonio

Pues, señor, mi fin es éste; y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando esas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa) ganarás por medio de la conversación la confianza de aquel a quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que

tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinión, diciendo: señor mío, o amigo, o caballero... En fin, según el título o dictado de la persona o del país.

Reynaldo

Sí, ya estoy.

Polonio

Pues entonces él dice... Dice... ¿Qué iba yo a decir ahora?... Algo iba yo a decir. ¿En qué estábamos?

Reynaldo

En que él concluirá diciendo al amigo o al caballero.

Polonio

Sí, concluirá diciendo. Es verdad... (así te dirá precisamente) algo iba yo a decir. Es verdad, yo conozco a ese mozo; ayer le vi o cualquier otro día, o en tal y tal ocasión, con este o con aquel sujeto, y allí como habéis dicho, le vi que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota y..., (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, videlicet en un burdel, o cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad; que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia, solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulación. Así lo harás con mi hijo, según la

instrucción y advertencia que acabo de darte. ¿Me has entendido?

Reynaldo

Sí, señor, quedo enterado.

Polonio

Pues, adiós; buen viaje.

Reynaldo

Señor...

Polonio

Examina por ti mismo sus inclinaciones.

Reynaldo

Así lo haré.

Polonio

Dejándole que obre libremente.

Reynaldo

Está bien, señor.

Polonio

Adiós.

Escena II

POLONIO, OFELIA

Polonio

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

Ofelia

¡Ay! ¡Señor, que he tenido un susto muy grande!

Polonio

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

Ofelia

Yo estaba haciendo labor en mi cuarto, cuando el Príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... Se presenta delante de mí.

Polonio

Loco, sin duda, por tus amores, ¿eh?

Ofelia

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

Polonio

¿Y qué te dijo?

Ofelia

Me asió una mano, y me la apretó fuertemente. Apartose después a la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndolo con atención como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato; hasta que por último, sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacerse en pedazos el cuerpo, y dar fin a su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó a andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella, fijó la vista en mí.

Polonio

Ven conmigo, quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor que siempre fatal a sí mismo, en su exceso violento, inclina la voluntad a empresas temerarias, más que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero, dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos días?

Ofelia

No señor; sólo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas y me he negado a sus visitas.

Polonio

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con más acierto su pasión. Yo temí que era sólo un artificio suyo para perderte... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan propio parece de la edad anciana pasar más allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es de la juventud la falta de previsión. Vamos, vamos a ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería más grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO,
acompañamiento.

Salón de palacio.

Claudio

Bienvenido, Guillermo, y tú también querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado a solicitar vuestra venida. Algo habéis oído ya de la transformación de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior, ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego a imaginar que otra causa haya podido privarle así de la razón, si ya no es la muerte de

su padre. Yo os ruego a entrumbos, pues desde la primera infancia os habéis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengáis a bien deteneros en mi corte algunos días. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría, y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada aflicción que así le consume para que descubriendola, procuremos su alivio.

Gertrudis

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallaran otros dos sujetos a quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad que gustéis de pasar con nosotros algún tiempo, para contribuir al logro de mi esperanza; vuestra asistencia será remunerada, como corresponde al agradecimiento de un Rey.

Ricardo

Vuestras Majestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

Guillermo

Uno y otro obedeceremos, y postramos a vuestros pies con el más puro afecto el celo de serviros que nos anima.

Claudio

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

Gertrudis

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veáis cuanto antes a mi doliente hijo. Conduzca alguno de vosotros a estos caballeros, a donde Hamlet se halle.

Guillermo

Haga el Cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

Gertrudis

Sí, amén.

Escena IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, acompañamiento.

Polonio

Señor, los Embajadores enviados a Noruega han vuelto ya en extremo contentos.

Claudio

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

Polonio

¡Oh! Sí ¿No es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazón no tienen otro objeto que el servicio de Dios, y el de mi Rey; y si este talento mío no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

Claudio

Pues dímosla, que estoy impaciente de saberla.

Polonio

Será bien que deis primero audiencia a los Embajadores; mi informe servirá de postres a este gran festín.

Claudio

Tú mismo puedes ir a cumplimentarlos e introducirlos. Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposición de tu hijo.

Gertrudis

¡Ah! Yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre y nuestro acelerado casamiento.

Claudio

Yo sabré examinarle.

Escena V

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN,
CORNELIO, acompañamiento.

Claudio

Bienvenidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano, el Rey de Noruega?

Voltiman

Corresponde con la más sincera amistad a vuestras atenciones y a vuestro ruego. Así que llegamos, mandó suspender los armamentos que hacía su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después, halló ser cierto que se dirigían en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia a que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes a Fortimbrás, que sometiéndose prontamente a las reprobaciones del tío, le ha jurado por último que nunca más tomará las armas contra Vuestra Majestad. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que había levantado. A este fin os ruega concedáis paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad expresadas aquí.

Claudio

Está bien, leeré en tiempo más oportuno sus proposiciones y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche seréis conmigo en el festín. Tendré gusto de veros.

Escena VI

CLAUDIO, GERTRUDIS y POLONIO

Polonio

Este asunto se ha concluido muy bien. Mi Soberano y vos, señora, explicar lo que es la dignidad de un Monarca, las obligaciones del vasallo y porque el día es día, noche la noche, y tiempo el tiempo; sería gastar inútilmente el día, la noche y el tiempo. Así, pues, como quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay más enfadoso que los rodeos y perifrasis... Seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque (si en rigor se examina) ¿qué otra cosa es la locura, sino estar uno enteramente loco? Pero, dejando esto aparte...

Gertrudis

Al caso, Polonio, al caso y menos artificios.

Polonio

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima y es lástima que sea cierto; pero dejemos a un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos, pues, en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, o por mejor decir, la causa de este defecto, porque este efecto defectuoso, nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... La tengo mientras es mía, que en prueba de su respeto y sumisión... Notad lo que os digo... Me ha entregado esta carta. Ahora, resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. Al ídolo celestial de mi alma: a la sin par Ofelia... Esta es una alta frase... ¡Una falta de frase, sin par! Es una falta de frase, pero, oíd lo demás. Estas letras, destinadas a que su blanco y hermoso pecho las guarde: éstas...

Gertrudis

¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

Polonio

Bueno, ¡por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas, duda si al sol hoy movimiento falta, duda lo cierto, admite lo dudoso; pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo posible. Adiós. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista. Hamlet. Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del Príncipe; según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

Claudio

¿Y ella cómo ha recibido su amor?

Polonio

¿En qué opinión me tenéis?

Claudio

En la de un hombre honrado y veraz.

Polonio

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero, ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor...? Porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo había yo advertido... ¿Qué hubiera pensado de mí vuestra Majestad y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si, haciéndome violencia a mí propio, hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No, señor; yo he ido en derechura al asunto, y le dije a la niña ni más ni menos. Hija, el

señor Hamlet es un Príncipe muy superior a tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después, le mandé que se encerrase en su estancia sin admitir recados, ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó a padecer melancolías, después inapetencia, después vigilias, después debilidad, después aturdimiento y después (por una graduación natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

Claudio

¿Creeís, señora, que esto haya pasado así?

Gertrudis

Me parece bastante probable.

Polonio

¿Ha sucedido alguna vez..., tendría gusto de saberlo...?
¿Que yo haya dicho positivamente: esto hay, y que haya resultado lo contrario?

Claudio

No se me acuerda.

Polonio

Pues, separadme ésta de éste, si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! Por poco que las circunstancias me

ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte; aunque el centro de la tierra la sepultara.

Claudio

¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

Polonio

Bien sabéis que el Príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

Gertrudis

Es verdad, así suele hacerlo.

Polonio

Pues, cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte y envidadme a una alquería a guiar un arado.

Claudio

Sí, yo lo quiero averiguar.

Gertrudis

Pero, ¿veis? ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

Polonio

Retiraos, yo os lo suplico, retiraos entrambos, que le quiero hablar, si me dais licencia.

Escena VII

POLONIO, HAMLET

Polonio

¡Cómo os va, mi buen señor!

Hamlet

Bien, a Dios gracias.

Polonio

¿Me conocéis?

Hamlet

Perfectamente. Tú vendes peces.

Polonio

¿Yo? No señor.

Hamlet

Así fueras honrado.

Polonio

¿Honrado decís?

Hamlet

Sí, señor, que lo digo. El ser honrado según va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

Polonio

Todo eso es verdad.

Hamlet

Si el sol engendra gusanos en un perro muerto y aunque es un Dios, alumbría benigno con sus rayos a un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

Polonio

Sí, señor, una tengo.

Hamlet

Pues no la dejes pasear al sol. La concepción es una bendición del cielo; pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

Polonio

¿Pero qué queréis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo también, siendo mozo, me vi muy trastornado por el amor... Casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estáis leyendo?

Hamlet

Palabras, palabras, todo palabras.

Polonio

¿Y de qué se trata?

Hamlet

¿Entre quién?

Polonio

Digo, que ¿de qué trata el libro que leéis?

Hamlet

De calumnias. Aquí dice el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela; que padecen gran debilidad de piernas, y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mío, aunque yo plena y eficazmente lo creo; con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos, porque al fin, vos seríais sin duda tan joven como yo, si os fuera posible andar hacia atrás como el cangrejo.

Polonio

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

Hamlet

¿Adónde? ¿A la sepultura?

Polonio

Cierto, que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voyle a dejar y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

Hamlet

No me puedes pedir cosa que con más gusto te conceda; exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

Polonio

Adiós, señor.

Hamlet

¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

Polonio

Si buscáis al príncipe, vedle ahí.

Escena VIII

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

Ricardo

Buenos días, señor.

Guillermo

Dios guarde a vuestra Alteza.

Ricardo

Mi venerado Príncipe.

Hamlet

¡Oh! Buenos amigos. ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo,
guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

Ricardo

Nada, señor; pasamos una vida muy indiferente.

Guillermo

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No,
no servimos de airón al tocado de la fortuna.

Hamlet

¿Ni de suelas a su calzado?

Ricardo

Ni uno ni otro.

Hamlet

En tal caso estaréis colocados hacia su cintura: allí es
el centro de los favores.

Guillermo

Cierto, como privados suyos.

Hamlet

Pues allí en lo más oculto... ¡Ah! Decís bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

Ricardo

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

Hamlet

Señal que el día del juicio va a venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte más particularmente. ¿Por qué delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte, a vivir en prisión?

Guillermo

¿En prisión decís?

Hamlet

Sí, Dinamarca es una cárcel.

Ricardo

También el mundo lo será.

Hamlet

Y muy grande: con muchas guardas, encierros y calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

Ricardo

Nosotros no éramos de esa opinión.

Hamlet

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo, sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

Ricardo

Será vuestra ambición la que os le figura tal, la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

Hamlet

¡Oh! ¡Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez y creerme soberano de un estado inmenso... Pero, estos sueños terribles me hacen infeliz.

Ricardo

Todos esos sueños son ambición, y todo cuanto al ambicioso le agita no es más que la sombra de un sueño.

Hamlet

El sueño, en sí, no es más que una sombra.

Ricardo

Ciertamente, y yo considero la ambición por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

Hamlet

De donde resulta, que los mendigos son cuerpos y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los

mendigos... Iremos un rato a la corte, señores; porque, a la verdad, no tengo la cabeza para discurrir.

Los dos

Os iremos sirviendo.

Hamlet

¡Oh! No se trata de eso. No os quiero confundir con mis criados que, a fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero, decidme por nuestra amistad antigua, ¿qué hacéis en Elsingor?

Ricardo

Señor, hemos venido únicamente a veros.

Hamlet

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso, no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen a ochavo, se pagan mucho. Y ¿quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la hacéis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza, vaya, decídmelo.

Guillermo

¿Y qué os hemos de decir, señor?

Hamlet

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envían, sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesión, que toda vuestra reserva no puede

desmentir. Yo sé que el bueno del Rey, y también la Reina os han mandado que vengáis.

Ricardo

Pero, ¿a qué fin?

Hamlet

Eso es lo que debéis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto; por todo aquello, en fin, que sea para vosotros más grato y respetable, que me digáis con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, o no?

Ricardo

¿Qué dices tú?

Hamlet

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos, si me estimáis de veras, no hay que desmentirlos.

Guillermo

Pues, señor, es cierto, nos han hecho venir.

Hamlet

Y yo os voy a decir el motivo: así me anticiparé a vuestra propia confesión; sin que la fidelidad que debéis al Rey y a la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo a esta parte,

sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones. Y este accidente ha sido tan funesto a mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Que admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble razón! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante a un ángel en sus acciones! Y en su espíritu, ¡qué semejante a Dios! Él es sin duda lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Pues, no obstante, ¿qué juzgáis que es en mi estimación ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobáis mi opinión.

Ricardo

En verdad, señor, que no habéis acertado mis ideas.

Hamlet

Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

Ricardo

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de Cuaresma daréis a los

cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

Hamlet

El que hace de Rey sea muy bien venido, Su Majestad recibirá mis obsequios como es de razón, el arrojado caballero sacará a lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasión o las interrupciones del verso hablarán por ella. Y ¿qué cómicos son?

Ricardo

Los que más os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

Hamlet

¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputación y sus intereses establecerse en alguna parte?

Ricardo

Creo que los últimos reglamentos se lo prohíben.

Hamlet

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

Ricardo

No, señor, no por cierto.

Hamlet

¿Y en qué consiste? ¿Se han echado a perder?

Ricardo

No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cría de chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamación fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversión del día, y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman) que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven a poner el pie en los otros.

Hamlet

¡Oiga! ¿Conque sin muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil por su edad si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesión misma que han tenido que abrazar después?

Ricardo

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nación ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el poeta y el cómico reñían y se hartaban de bofetones.

Hamlet

¿Es posible?

Guillermo

¡Oh! Sí lo es, como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

Hamlet

Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

Ricardo

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules, con maza y todo.

Hamlet

No es extraño. Ya veis mi tío, Rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es más que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

Guillermo

Ya están ahí los cómicos.

Hamlet

Pues, caballeros, muy bien venidos a Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo común en ceremonias y cumplimientos; pero, permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien a los cómicos, en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que a ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago a vosotros. Bienvenidos. Pero, mi tío padre, y mi madre tía, a fe que se equivocan mucho.

Guillermo

¿En qué, señor?

Hamlet

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

Escena IX

POLONIO y dichos.

Polonio

Dios os guarde, señores.

Hamlet

Oye aquí, Guillermo, y tú también... Un oyente a cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

Ricardo

O acaso habrá vuelto a ellas, porque, según se dice, la vejez es segunda infancia.

Hamlet

Apostaré que me viene a hablar de los cómicos, tened cuidado ... Pues, señor, tú tienes razón, eso fue el lunes por la mañana, no hay duda.

Polonio

Señor, tengo que daros una noticia.

Hamlet

Señor, tengo que daros una noticia. Cuando Roscio era actor en Roma...

Polonio

Señor, los cómicos han venido.

Hamlet

¡Tuh!, ¡tuh!, ¡tuh!

Polonio

Como soy hombre de bien que sí.

Hamlet

Cada actor viene caballero en burro.

Polonio

Estos son los más excelentes actores del mundo, así en la Tragedia como en la Comedia. Historia o Pastoral: en lo Cómico-Pastoral, Histórico-Pastoral, Trágico-Histórico, Tragi-Cómico Histórico-Pastoral, Escena indivisible, Poema ilimitado... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto a las reglas de composición y a la franqueza cómica, éstos son los únicos.

Hamlet

¡Oh! ¡Jephte, Juez de Israel!... ¡Qué tesoro poseíste!

Polonio

¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

Hamlet

¿Qué tesoro? No más que una hermosa hija a quien amaba en extremo.

Polonio

Siempre pensando en mi hija.

Hamlet

¿No tengo razón, anciano Jephte?

Polonio

Señor, si me llamáis Jephte, cierto es que tengo una hija a quien amo en extremo.

Hamlet

¡Oh! no es eso lo que se sigue.

Polonio

¿Pues que sigue señor?

Hamlet

Esto. No hay más suerte que Dios ni más destino; y luego, ya sabes: que cuanto nos sucede Él lo previno. Lee la primera línea de aquella devota canción, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? ahí vienen otros a hablar por mí.

Escena X

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO y cuatro cómicos

Hamlet

Bienvenidos, señores; me alegro de veros a todos tan buenos. Bienvenidos... ¡Oh! ¡Oh camarada antiguo! Mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te vi. ¿Vienes a Dinamarca a hacerme parecer viejo a mí también? Y tú, mi niña, ¡oiga!, ya eres una

señorita; por la Virgen, que ya está vuesarced una cuarta más cerca del cielo, desde que no la he visto. Dios quiera que tu voz, semejante a una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bienvenidos todos. Pero, amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relación. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

Cómico 1º

¿Y cuál queréis, señor?

Hamlet

Me acuerdo de haberte oído en otro tiempo una relación que nunca se ha representado al público, o una sola vez cuando más... Sí, y me acuerdo también que no agradaba a la multitud; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero a mí me pareció entonces, y aun a otros, cuyo dictamen vale más que el mío, una excelente pieza, bien dispuesta la fábula y escrita con elegancia y decoro. No faltó, sin embargo, quien dijo que no había en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y más brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relación que Eneas hace a Dido, y sobre todo cuando habla de

la muerte de Príamo. Si la tienes en la memoria...
Empieza por aquel verso... Deja, deja, veré si me
acuerdo.

Pirro feroz como la Hyrcana tigre...

No es éste, pero empieza con Pirro... ¡ah!...

Pirro feroz, con pavonadas armas, negras como su
intento, reclinado

dentro en los senos del caballo enorme,
a la lóbrega noche parecía.

Ya su terrible, ennegrecido aspecto
mayor espanto da. Todo le tiñe
de la cabeza al pie caliente sangre
de ancianos y matronas, de robustos
mancebos y de vírgenes, que abrasa
el fuego de los inflamados edificios
en confuso montón; a cuya horrenda
luz que despiden, el caudillo insano
muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
cubierto de cuajada sangre, vuelve
los ojos, al carbunclo semejantes,
y busca, instado de infernal venganza,
al viejo abuelo Príamo...

Prosigue tú.

Polonio

¡Muy bien declamado, a fe mía! Con buen acento y
bella expresión.

Cómico 1º

Al momento le ve lidiando, ¡resistencia breve!
contra los Griegos; su temida espada
rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
a liza desigual; herirle intenta,
y el aire solo del funesto acero
postra al débil anciano. Y cual si fuese
a tanto golpe el Ilión sensible,
al suelo desplomó sus techos altos,
ardiendo en llamas y al rumor suspenso.
Pirro... ¿Le veis? La espada que venía
a herir del Teucro la nevada frente
se detiene en los aires, y él inmóvil,
absorto y mudo y sin acción su enojo,
la imagen de un tirano representa
que figuró el pincel. Mas como suele
tal vez el cielo en tempestad oscura
parar su movimiento, de los aires
el ímpetu cesar, y en silenciosa
quietud de muerte reposar el orbe;
basta que el trueno, con horror zumbando,
rompe la alta región, así un instante
suspensa fue la cólera de Pirro
y así, dispuesto a la venganza, el duro
combate renovó. No más tremendo
golpe en las armas de Mavorte eternas
dieron jamás los Cíclopes tostados,
que sobre el triste anciano la cuchilla
sangrienta dio del sucesor de Aquiles.

¡Oh! ¡Fortuna falaz!.. Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto;
romped los rayos de su rueda y calces,
y el eje circular desde el Olimpo
caiga en pedazos del Abismo al centro.

Polonio

Es demasiado largo.

Hamlet

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Éste sólo gusta de ver hablar o de oír cuentos de alcahuetas, o si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

Cómico 1º

Pero quien viese, ¡oh! ¡Vista dolorosa! la mal ceñida Reina...

Hamlet

¡La mal ceñida Reina!

Polonio

Eso es bueno, mal ceñida Reina, ¡bueno!

Cómico 1º

Pero quien viese, ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina, el pie desnudo,
girar de un lado al otro, amenazando
extinguir con sus lágrimas el fuego...
En vez de vestidura rozagante

cubierto el seno, harto fecundo un día,
con las ropas del lecho arrebatadas
(ni a más la dio lugar el susto horrible)
rasgado un velo en su cabeza, donde
antes resplandeció corona augusta...
¡Ay! Quien la viese, a los supremos hados
con lengua venenosa execaría.
Los Dioses mismos, si a piedad les mueve
el linaje mortal, dolor sintieran
de verla, cuando al implacable Pirro
halló esparciendo en trozos con su espada,
del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y exclama con gemido triste,
bastante a conturbar allá en su altura
las deidades de Olimpo, y los brillantes
ojos del cielo humedecer en lloro.

Polonio

Ved como muda de color y se le han saltado las
lágrimas. No, no prosigáis.

Hamlet

Basta ya; presto me dirás lo que falta. Señor mío, es
menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo
entiendes? Y agasajarlos bien. Ellos son, sin duda, el
epítome histórico de los siglos, y más te valdrá tener
después de muerto un mal epitafio, que una mala
reputación entre ellos mientras vivas.

Polonio

Yo, señor, los trataré conforme a sus méritos.

Hamlet

¡Qué cabeza ésta! No señor, mucho mejor. Si a los hombres se les hubiese de tratar según merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátalos como corresponde a tu nobleza, y a tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor será tu bondad. Acompáñalos.

Polonio

Venid, señores.

Hamlet

Amigos id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo; dime ¿no pudiera representar La muerte de Gonzago?

Cómico 1º

Sí señor.

Hamlet

Pues mañana a la noche quiero que se haga. Y ¿no podrías, si fuese menester, aprender de memoria unos doce o dieciséis versos que quiero escribir e insertar en la pieza? ¿Podrás?

Cómico 1º

Sí señor.

Hamlet

Muy bien; pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagáis burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

Ricardo

Señor.

Hamlet

Id con Dios.

Escena XI

HAMLET solo

Hamlet

Ya estoy solo. ¡Qué abatido! ¡Qué insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficción, pueda dirigir tan a su placer el ánimo que así agite y desigure el rostro en la declamación, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas a lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. Y ¿quién es Hécuba para él, o él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¿qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo? Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría a cuantos le oyesen, llenaría de

desesperación al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusión, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, ¡y miro con tal indiferencia mis agravios!

¿Qué? ¿Nada merece un Rey con quien se cometió el más atroz delito para despojarle del cetro y la vida?

¿Soy cobarde yo? ¿Quién se atreve a llamarme villano? ¿O a insultarme en mi presencia?

¿Arrancarme la barba, soplarmela al rostro, asirme de la nariz o hacerle tragar lejía que me llegue al pulmón?

¿Quién se atreve a tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo?

Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; a no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno. Deshonesto, homicida, pérvido seductor, feroz malvado, que vive sin

remordimientos de su culpa. Pero, ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mío, que yo,

hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza)

afeminado y débil desahogue con palabras el corazón, prorrumpa en execraciones vanas, como una prostituta vil, o un pillo de cocina? ¡Ah! No, ni aun sólo

imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oído, que tal vez asistiendo a una representación hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusión del teatro, que a vista de todos han publicado sus delitos, que la culpa aunque sin lengua siempre se manifestará

por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tío algún pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo más vivo del corazón; observaré sus miradas; si muda de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparición que vi pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la más agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginación perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy a adquirir pruebas más sólidas, y esta representación ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.

Escena I

**CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA,
RICARDO, GUILLERMO**

Galería de Palacio.

Claudio

¿Y no os fue posible indagar en la conversación que con él tuvisteis, de qué nace aquel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud, con turbulenta y peligrosa demencia?

Ricardo

Él mismo reconoce los extravíos de su razón; pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

Guillermo

Ni le hallamos en disposición de ser examinado, porque siempre huye de la cuestión, con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

Gertrudis

¿Fuisteis bien recibidos de él?

Ricardo

Con mucha cortesía.

Guillermo

Pero se le conocía una cierta sujeción.

Ricardo

Preguntó poco; pero respondía a todo con prontitud.

Gertrudis

¿Le habéis convocado para alguna diversión?

Ricardo

Sí señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino; se lo dijimos, y mostró complacencia al oírlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

Polonio

Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar a Vuestras Majestades que asistan a verla y oírla.

Claudio

Con mucho gusto; me complace en extremo saber que tiene tal inclinación. Vosotros, señores, excitadle a ella, y aplaudid su propensión a este género de placeres.

Ricardo

Así lo haremos.

Escena II

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA

Claudio

Tú, mi amada Gertrudis, deberás también retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre a Ofelia. Su padre y yo, testigos los más aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos. Así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del Príncipe conoceremos si es pasión de amor el mal de que adolece.

Gertrudis

Voy a obedeceros, y por mi parte, Ofelia, ¡oh, cuánto desearía que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la demencia de Hamlet! Entonces yo debería esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

Ofelia

Yo, señora, también quisiera que fuese así.

Escena III

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

Polonio

Paséate por aquí, Ofelia. Si Vuestra Majestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro; esta ocupación disculpará la soledad del sitio... ¡Materia es, por cierto, en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡Cuántas veces con el semblante de la devoción y la apariencia de acciones piadosas, engañamos al diablo mismo!

Claudio

Demasiado cierto es... ¡Qué cruelmente ha herido esa reflexión mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es más feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh! ¡Qué pesada carga me opreme!

Polonio

Ya le siento llegar; señor, conviene retirarnos.

Escena IV

HAMLET, OFELIA

Hamlet

Ser, o no ser, ésa es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo, porque el considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios? Cuando el que esto sufre, pudiera procurar su quietud con sólo un puñal. ¿Quién

podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la Muerte (aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace a todos cobardes, así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y se reducen a designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

Ofelia

¿Cómo os habéis sentido, señor, en todos estos días?

Hamlet

Muchas gracias. Bien.

Ofelia

Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras, que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las toméis.

Hamlet

No, yo nunca te di nada.

Ofelia

Bien sabéis, señor, que os digo verdad. Y con ellas me disteis palabras, de tan suave aliento compuestas que aumentaron con extremo su valor, pero ya disipado aquel perfume, recibidas, que un alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega a entibiarse el afecto de quien los dio. Vedlos aquí.

Hamlet

¡Oh! ¡Oh! ¿Eres honesta?

Ofelia

Señor...

Hamlet

¿Eres hermosa?

Ofelia

¿Qué pretendéis decir con eso?

Hamlet

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

Ofelia

¿Puede, acaso, tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

Hamlet

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá a la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar a la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

Ofelia

Así me lo dabais a entender.

Hamlet

Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemor original... Yo no te he querido nunca.

Ofelia

Muy engañada estuve.

Hamlet

Mira, vete a un convento, ¿para qué te has de exponer a ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso; con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos a ejecución. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la

tierra? Todos somos insignes malvados; no creas a ninguno de nosotros, vete, vete a un convento... ¿En dónde está tu padre?

Ofelia

En casa está, señor.

Hamlet

Sí, pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras, las haga dentro de su casa. Adiós.

Ofelia

¡Oh! ¡Mi buen Dios! Favorecedle.

Hamlet

Si te casas quiero darte esta maldición en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve; no podrás librarte de la calumnia. Vete a un convento. Adiós. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto, porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento y pronto. Adiós.

Ofelia

¡El Cielo, con su poder, le alivie!

Hamlet

He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dio una cara y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese

hablar aniñado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero, no hablemos más de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos; los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

Escena V

OFELIA sola

Ofelia

¡Oh! ¡Qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza, que estudian los más advertidos: todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada e infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende. Aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud alterado con el frenesí. ¡Oh! ¡Cuánta, cuánta es mi desdicha, de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!

Escena VI

o CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

Claudio

¡Amor! ¡Qué! No van por ese camino sus afectos, ni en lo que ha dicho; aunque algo faltó de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca; a fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra, a pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasión que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginación sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

Polonio

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el Príncipe, que todo lo hemos oído.

Escena VII

CLAUDIO, POLONIO

Polonio

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgáis a propósito, sería bien que la Reina retirada a solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste a que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oír toda la conversación. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle a Inglaterra, o desterradle a donde vuestra prudencia os dicte.

Claudio

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

Escena VIII

HAMLET y dos cómicos

Salón del Palacio.

Hamlet

Dirás este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así, acuchillando el aire: moderación en todo; puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. A mí me desazona en extremo ver a un hombre, muy cubierta la cabeza con su cabellera, que a fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarra los oídos del vulgo rudo; que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar a un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, más furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

Cómico 1º

Así os lo prometo.

Hamlet

Ni seas tampoco demasiado frío; tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder a la palabra, y ésta a la acción, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que más se oponga al fin de la representación que desde el

principio hasta ahora, ha sido y es: ofrecer a la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imagen, cada nación y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera o se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar a los hombres de buena razón, cuya censura debe ser para vosotros de más peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar a algunos cómicos, que otros aplaudían con entusiasmo, por no decir con escándalo; los cuales no tenían acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algún mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

Cómico 1º

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

Hamlet

Corregidle del todo, y cuidad también que los que hacen de payos no añadan nada a lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reír a los oyentes más adustos, empiezan a dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridículo empeño de lucirlo. Id a preparaos.

Escena IX

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO

Hamlet

Y bien, Polonio, ¿gustará el Rey de oír esta pieza?

Polonio

Sí, señor, al instante y la Reina también.

Hamlet

Ve a decir a los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir vosotros a darles prisa?

Ricardo

Con mucho gusto.

Escena X

HAMLET, HORACIO

Hamlet

¿Quién es?... ¡Ah! Horacio.

Horacio

Veisme aquí, señor, a vuestras órdenes.

Hamlet

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha
agradado siempre.

Horacio

¡Oh! Señor.

Hamlet

No creas que pretendo adularte. ¿Ni qué utilidades
puedo yo esperar de ti? Que exceptuando tus buenas
prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y
vestirte. ¿Habrá quien adule al pobre? No... Los que
tienen almibarada la lengua váyanse a lamer con ella la
grandeza estúpida, y dobrén los goznes de sus rodillas
donde la lisonja encuentre galardón. ¿Me has
entendido? Desde que mi alma se halló capaz de
conocer a los hombres y pudo elegirlos; tú fuiste el
escogido y marcado para ella, porque siempre, o
desgraciado o feliz, has recibido con igual semblante
los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos

aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta, dispuesta a sonar según ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón; sí, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero, yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey, una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas a las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente, observes a mi tío con la más viva atención del alma, si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas más negras que los yunque de Vulcano. Examínale cuidadosamente, yo también fijaré mi vista en su rostro, y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

Horacio

Está bien, señor, y si durante el espectáculo logra hurtar a nuestra indagación el menor arcano, yo pago el hurto.

Hamlet

Ya vienen a la función, vuélvome a hacer el loco, y tú busca asiento.

Escena XI

CLAUDIO, GERTRUDIS y HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO, y acompañamiento de Damas, Caballeros, Pajes y Guardias.
Suena la marcha dánica.

Claudio

¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

Hamlet

Muy bueno, señor, me mantengo del aire como el camaleón, engordo con esperanzas. No podréis vos cebar así a vuestros capones.

Claudio

No comprendo esa respuesta, Hamlet; ni tales razones son para mí.

Hamlet

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la Universidad? ¿Eh?

Polonio

Sí, señor, así es, y fui reputado por muy buen actor.

Hamlet

¿Y qué hiciste?

Polonio

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

Hamlet

Muy bruto fue el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

Ricardo

Sí, señor, y esperan solo vuestras órdenes.

Gertrudis

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte a mi lado.

Hamlet

No, señora, aquí hay un imán de más atracción para mí.

Polonio

¡Ah! ¡Ah! ¿Habéis notado eso?

Hamlet

¿Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

Ofelia

No señor.

Hamlet

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

Ofelia

Sí señor.

Hamlet

¿Pensáis que yo quisiera cometer alguna indecencia?

Ofelia

No, no pienso nada de eso.

Hamlet

Qué dulce cosa es...

Ofelia

¿Qué decís, señor?

Hamlet

Nada.

Ofelia

Se conoce que estáis de fiesta.

Hamlet

¿Quién, yo?

Ofelia

Sí señor.

Hamlet

Lo hago sólo por divertiros. Y, bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está y mi padre murió ayer.

Ofelia

¡Eh! No señor, que ya hace dos meses.

Hamlet

¿Tanto ha? ¡Oh! Pues quiero vestirme todo de arniños y llévese el diablo el luto. ¡Dios mío! Dos meses ha que murió y ¿todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva, quizás, medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Virgen santa, no habrá nadie que de él se acuerde. Como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio: Ya murió el caballito de palo y ya le olvidaron así que murió.

Ofelia

¿Qué significa esto, señor?

Hamlet

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

Ofelia

Según parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

Escena XII

CÓMICO 4º y dichos.

Hamlet

Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor; los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

Ofelia

¿Nos dirá éste lo que significa la escena que hemos visto?

Hamlet

Sí, por cierto, y cualquiera otra escena que le hagáis ver. Como no os avergoncéis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

Ofelia

¡Qué malo! ¡Qué malo sois! Pero, dejadme atender a la pieza.

Cómico 4º

Humildemente os pedimos que escuchéis esta Tragedia, disimulando las faltas que haya en nosotros y en ella.

Hamlet

¿Es esto prólogo, o mote de sortija?

Ofelia

¡Qué corto ha sido!

Hamlet

Como cariño de mujer.

Escena XIII

CÓMICO 1.º, CÓMICO 2.º, y dichos.

CÓMICO 1º.- Ya treinta vueltas dio de Febo el carro a las ondas saladas de Nereo, y al globo de la tierra, y treinta veces con luz prestada han alumbrado el suelo doce lunas,

en giros repetidos, después que el Dios de amor y el Himeneo nos enlazaron, para dicha nuestra, en nudo santo el corazón y el cuello.

Cómico 2º

Y, ¡oh! Quiera el Cielo que otros tantos giros a la luna y al sol, señor, contemos antes que el fuego de este amor se apague. Pero es mi pena inconsolable al veros doliente, triste, y tan diverso ahora de aquel que fuisteis... Tímida recelo... Mas toda mi aflicción nada os conturbe: que en pecho femenil llega al exceso el temor y el amor. Allí residen en igual proporción ambos afectos, o no existe ninguno, o se combinan este y aquel con el mayor extremo. Cuán grande es el amor que a vos me inclina, las pruebas lo dirán que dadas tengo; pues tal es mi temor. Si un fino amante, sin motivo tal vez, vive temiendo; la que al veros así toda es temores, muy puro amor abrigará en el pecho.

Cómico 1º

Si, yo debo dejarte, amada mía, inevitable es ya: cederán presto a la muerte mis fuerzas fatigadas; tú vivirás, gozando del obsequio y el amor de la tierra. Acaso entonces un digno esposo...

Cómico 2º

No, dad al silencio esos anuncios. ¿Yo? Pues ¿no serían traición culpable en mí tales afectos? ¿Yo un

nuevo esposo? No, la que se entrega al segundo, señor, mató al primero.

Hamlet

Esto es zumo de ajenjos.

Cómico 2º

Motivos de interés tal vez inducen a renovar los nudos de Himeneo; no motivos de amor: yo causaría segunda muerte a mi difunto dueño cuando del nuevo esposo recibiera en tálamo nupcial amantes besos.

Cómico 1º

No dudaré que el corazón te dicta lo que aseguras hoy: fácil creemos cumplir lo prometido y fácilmente se quebranta y se olvida. Los deseos del hombre a la memoria están sumisos, que nace activa y desfallece presto. Así pende del ramo acerbo el fruto, y así maduro, sin impulso ajeno, se desprende después. Difícilmente nos acordamos de llevar a efecto promesas hechas a nosotros mismos, que al cesar la pasión cesa el empeño. Cuando de la aflicción y la alegría se moderan los ímpetus violentos, con ellos se disipan las ideas a que dieron lugar, y el más ligero acaso, los placeres en afanes muda tal vez, y en risa los lamentos. Amor, como la suerte, es inconstante: que en este mundo al fin nada hay eterno, y aun se ignora si él manda a la fortuna o si ésta del amor cede del imperio. Si el poderoso del lugar sublime se precipita, le

abandonan luego cuantos gozaron su favor; si el pobre sube a prosperidad, los que le fueron más enemigos su amistad procuran (y el amor sigue a la fortuna en esto) que nunca al venturoso amigos faltan, ni al pobre desengaños y desprecios. Por diferente senda se encaminan los destinos del hombre y sus afectos, y sólo en él la voluntad es libre; mas no la ejecución, y así el suceso nuestros designios todos desvanece. Tú me prometes no rendir a nuevo yugo tu libertad... Esas ideas, ¡ay!, morirán cuando me vieres muerto.

Cómico 2º

Luces me niegue el sol, frutos la tierra, sin descanso y placer viva muriendo, desesperada y en prisión oscura su mesa envidie al eremita austero; cuantas penas el ánimo entristecen, todas turben al fin de mis deseos y los destruyan, ni quietud encuentre en parte alguna con afán eterno; si ya difunto mi primer esposo, segundas bodas pérflida celebro.

Hamlet

Si ella no cumpliese lo que promete...

Cómico 1º

Mucho juraste. Aquí gozar quisiera solitaria quietud, rendido siento al cansancio mi espíritu. Permite que alguna parte le conceda al sueño de las molestas horas.

Cómico 2º

Él te halague con tranquilo descanso y nunca el cielo
en unión tan feliz pesares mezcle.

Hamlet

Y bien, señora, ¿qué tal os va pareciendo la pieza?

Gertrudis

Me parece que esa mujer promete demasiado.

Hamlet

Sí, pero lo cumplirá.

Claudio

¿Te has enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

Hamlet

No, señor, no. Si todo ello es mera ficción, un veneno..., fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! No señor.

Claudio

¿Cómo se intitula este Drama?

Hamlet

La Ratonera. Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el Duque se llama Gonzago y su mujer Baptista... Ya, ya veréis presto... ¡Oh! ¡Es un enredo maldito! Y ¿qué importa? A Vuestra Majestad y a mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede

incomodar: al rocín que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero, a bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

Escena XIV

CÓMICO 3.^o y dichos.

Hamlet

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del Duque.

Ofelia

Vos suplís perfectamente la falta del coro.

Hamlet

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestra amante, si viese puestos en acción entrabmos títeres.

Ofelia

¡Vaya, que tenéis una lengua que corta!

Hamlet

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

Ofelia

Eso es; siempre de mal en peor.

Hamlet

Así hacéis vosotras en la elección de maridos: de mal en peor. Empieza asesino... Déjate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

Cómico 3º

Negros designios, brazo ya dispuesto a ejecutarlos, tosigo oportuno, sitio remoto, favorable el tiempo y nadie que lo observe. Tú, extraído de la profunda noche en el silencio atroz veneno, de mortales yerbas (invocada Proserpina) compuesto: infectadas tres veces y otras tantas exprimidas después, sirve a mi intento; pues a tu actividad mágica, horrible, la robustez vital cede tan presto

Hamlet

¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El Duque se llama Gonzago, es historia cierta y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis como la mujer de Gonzago se enamora del matador.

Ofelia

El Rey se levanta.

Hamlet

¿Qué? ¿Le atemoriza un fuego aparente?

Gertrudis

¿Qué tenéis, señor?

Polonio

No paséis adelante, dejadlo.

Claudio

Traed luces. Vamos de aquí.

Todos

Luces, luces.

Escena XV

HAMLET, HORACIO, CÓMICO 1.^o, CÓMICO 3.^o

Hamlet

El ciervo herido llora y el corzo no tocado de flecha voladora, se huelga por el prado; duerme aquel, y a deshora veis éste desvelado, que tanto el mundo va

desordenado. Y, dígame, señor mío, si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

Horacio

Mediano papel.

Hamlet

¿Mediano? Excelente. Tú sabes, Damon querido, que esta nación ha perdido al mismo Jove, y violento tirano lo ha sucedido en el trono mal habido, un... ¿Quien diré yo? Un..., un sapo.

Horacio

Bien pudiera haber conservado el consonante.

Hamlet

¡Oh! Mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

Horacio

Sí señor, bien lo he visto.

Hamlet

¿Cuándo se trató de veneno?

Horacio

Bien, bien le observé entonces.

Hamlet

¡Ah! Quisiera algo de música: traedme unas flautas...
Si el Rey no gusta de la comedia, será sin duda
porque... Porque no le gusta. Vaya un poco de música.

Escena XVI

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO

Guillermo

Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

Hamlet

Y una historia entera.

Guillermo

El Rey...

Hamlet

Muy bien, ¿qué le sucede?

Guillermo

Se ha retirado a su cuarto con mucha destemplanza.

Hamlet

De vino. ¿Eh?

Guillermo

No señor, de cólera.

Hamlet

Pero, ¿no sería más acertado írselo a contar al médico?
¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que le aumente?

Guillermo

¡Oh! Señor, dad algún sentido a lo que habláis, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo a decir.

Hamlet

Estamos de acuerdo. Prosigue, pues.

Guillermo

La Reina vuestra madre, llena de la mayor aflicción, me envía a buscaros.

Hamlet

Seáis muy bien venido.

Guillermo

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si queréis darme una respuesta sensata, desempeñaré el

encargo de la Reina; si no, con pediros perdón y retirarme se acabó todo.

Hamlet

Pues, señor, no puedo.

Guillermo

¿Cómo?

Hamlet

Me pides una respuesta sensata y mi razón está un poco achacosa; no obstante, responderé del modo que pueda a cuanto me mandes, o por mejor decir, a lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

Ricardo

Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiración.

Hamlet

¡Oh! ¡Maravilloso hijo! Que así ha podido aturdir a su madre. Pero, dime, ¿esa admiración no ha traído otra consecuencia? ¿No hay algo más?

Ricardo

Sólo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais a recoger.

Hamlet

La obedeceré, si diez veces fuera mi madre. ¿Tienes algún otro negocio que tratar conmigo?

Ricardo

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

Hamlet

Y ahora también. Te lo juro, por estas manos rateras.

Ricardo

Pero, ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposición? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas a vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

Hamlet

Estoy muy atrasado.

Ricardo

¿Cómo es posible? ¿Cuándo tenéis el voto del Rey mismo para sucederte en el trono de Dinamarca?

Hamlet

Sí, pero mientras nace la yerba... Ya es un poco antiguo el tal refrán. ¡Ah! Ya están aquí las flautas.

Escena XVII

CÓMICO 3.^o y dichos.

Hamlet

Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados.

Guillermo

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía; acaso el amor que os tengo me hace grosero también e importuno.

Hamlet

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

Guillermo

Yo no puedo, señor.

Hamlet

Vamos.

Guillermo

De veras que no puedo.

Hamlet

Yo te lo suplico

Guillermo

Pero, si no sé palabra de eso.

Hamlet

Más fácil es que tenderse a la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás que lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los toques.

Guillermo

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

Hamlet

Pues, mira tú, en que opinión tan baja me tienes. Tú me quieras tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que a una flauta? No; dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

Escena XVIII

POLONIO y dichos.

Hamlet

¡Oh! Dios te bendiga.

Polonio

Señor, la Reina quisiera hablaros al instante.

Hamlet

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

Polonio

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

Hamlet

Pues ahora me parece una comadreja.

Polonio

No hay duda, tiene figura de comadreja.

Hamlet

O como una ballena.

Polonio

Es verdad, sí, como una ballena.

Hamlet

Pues al instante iré a ver a mi madre. Tanto harán estos que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

Polonio

Así se lo diré.

Hamlet

Fácilmente se dice, al instante viene. Dejadme solo, amigos.

Escena XIX

HAMLET solo

Hamlet

Este es el espacio de la noche, apto a los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podría yo beber caliente sangre, ahora podría ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verla. Pero, vamos a ver a mi madre... ¡Oh! ¡Corazón! No desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este

firme pecho se albergue la fiereza de Nerón. Déjame ser cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla está en mis palabras, no en mi mano; disimulen el corazón y la lengua, sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

Escena XX

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

Gabinete.

Claudio

No, no le quiero aquí; ni conviene a nuestra seguridad dejar libre el campo a su locura. Preveníos, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe a Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme a un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

Guillermo

Al momento dispondremos nuestra marcha. El más santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra Majestad.

Ricardo

Si es obligación en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto más lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega a faltar el Monarca, no muere él solo, sino que, a manera de un torrente precipitado, arrebata consigo cuanto le rodea. Como una gran rueda colocada en la cima del más alto monte, a cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores; que si llega a caer, no hay ninguna de ellas, por más pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el Soberano exhala un suspiro sin excitar en su nación general lamento.

Claudio

Yo os ruego que os prevengáis sin dilación para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

Los dos

Vamos a obedeceros con la mayor prontitud.

Escena XXI

CLAUDIO, POLONIO

Polonio

Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre, voy a ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente, y como vos mismo habéis observado muy bien, conviene que asista a oír la conversación alguien más que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como a todas sucede. Quedaos a Dios, yo volveré a veros antes que os recojáis para deciros lo que haya pasado.

Claudio

Gracias, querido Polonio.

Escena XXII

CLAUDIO solo

Claudio

¡Oh! ¡Mi culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldición más terrible, la muerte de un hermano. No puedo recogerme a orar, por más que eficazmente lo procuro, que es más fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre a quien dos obligaciones llaman, me detengo a considerar por cual empezaré primero, y no cumpla ninguna... Pero, si este brazo execrable estuviese aún más teñido en la sangre fraterna, ¿faltaría en los Cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega a ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oración sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir a caer, o de adquirirnos el perdón habiendo caído? Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa. Pero, ¿qué género de oración habré de usar? Olvida, señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! Que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron a la maldad: mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia, y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos

compelidos a manifestar nuestras faltas todas, sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... y ¿qué no podrá? Pero, ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh! ¡Situación infeliz! ¡Oh! ¡Conciencia ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh! ¡Alma mía aprisionada! Que cuanto más te esfuerzas para ser libre, más quedas oprimida, ¡Ángeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces, y tu corazón mío de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

Escena XXIII

CLAUDIO, HAMLET

Hamlet

Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... Y así se irá al cielo... ¿y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina a mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria. ¿No es esto, en vez de castigo, premio y

recompensa? Él sorprendió a mi padre, acabados los desórdenes del banquete, cubierto de más culpas que el mayo tiene flores... ¿quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero, según nuestra razón concibe, terrible ha sido su sentencia. ¡Y quedaré vengado dándole a éste la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida! No, espada mía, vuelve a tu lugar y espera ocasión de ejecutar más tremendo golpe. Cuando esté ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, o duerma con la embriaguez, o se abandone a los placeres incestuosos del lecho, o cometa acciones contrarias a su salvación; hiérele entonces, caiga precipitado al profundo y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirla. Mi madre me espera, malvado; esta medicina que te dilata la dolencia no evitará tu muerte.

Escena XXIV

CLAUDIO solo

Claudio

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. Palabras sin afectos, nunca llegan a los oídos de Dios.

Escena XXV

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET

Cuarto de la Reina.

Polonio

Va a venir al momento. Mostradle entereza, decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas e intolerables, que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignación que excitó. Yo, entretanto, retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

Hamlet

Madre, madre.

Gertrudis

Así te lo prometo, nada temo. Ya le siento llegar.
Retírate.

Escena XXVI

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO

Hamlet

¿Qué me mandáis, señora?

Gertrudis

Hamlet, muy ofendido tienes a tu padre.

Hamlet

Madre, muy ofendido tenéis al mío.

Gertrudis

Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

Hamlet

Voy, voy allá... y vos me preguntáis con lengua bien perversa.

Gertrudis

¿Qué es esto, Hamlet?

Hamlet

¿Y qué es eso, madre?

Gertrudis

¿Te olvidas de quién soy?

Hamlet

No, por la cruz bendita, que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... Ojalá no fuera así... ¡Eh! Sois mi madre.

Gertrudis

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con más acuerdo.

Hamlet

Venid, sentaos y no saldréis de aquí, no os moveréis; sin que os ponga un espejo delante en que veáis lo más oculto de vuestra conciencia.

Gertrudis

¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre?.. ¡Cielos!

Polonio

Socorro pide... ¡Oh!..

Hamlet

¿Qué es esto?... ¿Un ratón? Murió... Un ducado a que ya está muerto.

Polonio

¡Ay de mí!

Gertrudis

¿Qué has hecho?

Hamlet

Nada... ¿Qué sé yo?.. ¿Si sería el Rey?

Gertrudis

¡Qué acción tan precipitada y sangrienta!

Hamlet

Es verdad, madre mía, acción sangrienta y casi tan horrible como la de matar a un Rey y casarse después con su hermano.

Gertrudis

¿Matar a un Rey?

Hamlet

Sí, señora, eso he dicho. Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco, adiós. Yo te tomé por otra persona de más consideración. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad. No, no os torzáis las manos... sentaos aquí,

y dejad que yo os tuerza el corazón. Así he de hacerlo, si no le tenéis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto a toda sensibilidad.

Gertrudis

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

Hamlet

Una acción que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía a la virtud, arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella, que hace más pérpidos los votos conyugales que las promesas del tahúr. Una acción que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religión en una compilación frívola de palabras. Una acción, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificial máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

Gertrudis

¡Ay de mi! ¿Y qué acción es esa que así exclamas al anunciarla, con espantosa voz de trueno?

Hamlet

Veis aquí presentes, en esta y esta pintura, los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuanta gracia residía en aquel

semblante! Los cabellos del Sol, la frente como la del mismo Júpiter; su vista imperiosa y amenazadora, como la de Marte; su gentileza, semejante a la del mensajero, Mercurio, cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega a los cielos. ¡Hermosa combinación de formas! Donde cada uno de los Dioses imprimió su carácter para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fue vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo que como la espiga con tizón destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano? ¡Ah! ¿Lo veis bien?... Ni podéis llamarlo amor; porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes a la prudencia, y ¿qué prudencia desde aquel a este? Sentidos tenéis, que a no ser así no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podría incurrir en tanto error, ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos, cuya diferencia es tan visible... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oídos o el olfato solo, una débil porción de cualquier sentido hubiera bastado a impedir tal estupidez... ¡Oh!, modestia, ¿y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! Si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera y se liquide en sus

propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende y es ya el entendimiento el que prostituye al corazón.

Gertrudis

¡Oh! ¡Hamlet! No digas más... Tus razones me hacen dirigir la vista a mi conciencia, y advierto allí las más negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

Hamlet

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupción prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

Gertrudis

No más, no más, que esas palabras, como agudos puñales, hieren mis oídos... No más, querido Hamlet.

Hamlet

Un asesino... Un malvado... Vil... Inferior mil veces a vuestro difunto esposo... Escarnio de los Reyes, ratero del imperio y el mando; que robó la preciosa corona y se la guardó en el bolsillo.

Gertrudis

No más...

Escena XXVII

**GERTRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY
HAMLET**

Hamlet

Un Rey de botarga... ¡Oh! ¡Espíritus celestes, defendedme! Cubridme con vuestras alas... ¿Qué quieres, venerada Sombra?

Gertrudis

¡Ay! Que está fuera de sí.

Hamlet

¿Vienes acaso a culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasión y la tardanza, olvida la importante ejecución de tu precepto terrible?... Habla.

La sombra

No lo olvides. Vengo a inflamar de nuevo tu ardor casi extinguido. ¿Pero, ves? Mira cómo has llenado de asombro a tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada y hallarás que la imaginación obra con mayor violencia en los cuerpos más débiles. Háblala, Hamlet.

Hamlet

¿En qué pensáis, señora?

Gertrudis

¡Ay! ¡Triste! Y en qué piensas tú que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo. Toda tu alma se ha pasado a tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos que pendían, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados, a quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! Derrama sobre el ardiente fuego de tu agitación y la paciencia fría. ¿A quién estás mirando?

Hamlet

A él, a él... ¿Le veis, que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarían a conmover las piedras... ¡Ay! No me mires así, no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios y en vez de sangre se derramen lágrimas.

Gertrudis

¿A quién dices eso?

Hamlet

¿No veis nada allí?

Gertrudis

Nada, y veo todo lo que hay.

Hamlet

¿Ni oísteis nada tampoco?

Gertrudis

Nada más que lo que nosotros hablamos.

Hamlet

Mirad allí... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre..., con el traje mismo que se vestía. ¿Veis por donde va?...

Ahora llega al pórtico.

Escena XXVIII

GERTRUDIS, HAMLET

Gertrudis

Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce confusiones vanas.

Hamlet

¿Desorden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah! ¡Madre mía! En merced os pido que no apliquéis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis sólo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera, que interiormente la corrompe... Confesad al Cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro; y no extendáis el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo a mi virtud, ya que en esta delincuente edad, la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio; y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

Gertrudis

¡Ay! Hamlet, tú despedazas mi corazón.

Hamlet

¿Sí? Pues apartad de vos aquella porción más dañada, y vivid con la que resta, más inocente. Buenas noches... Pero, no volváis al lecho de mi tío. Si carecéis de virtud, apparentadla al menos. La costumbre, aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio; tal vez es un ángel cuando sabe dar a las

buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os hará más fácil la abstinencia próxima, y la que siga después la hallaréis más fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches, y cuando aspiréis de veras la bendición del Cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de este hombre me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así, a él le ha castigado por mi mano y a mí también, precisándome a ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré a donde convenga y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Porque soy piadoso debo ser cruel, ve aquí el primer daño cometido; pero aún es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah! Escuchad otra cosa.

Gertrudis

¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

Hamlet

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el Rey, hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos y os bese con negra boca. Agradecida entonces, declaradle cuanto hay en el caso, decidle que mi locura

no es verdadera, que todo es artificio. Sí, decídselo, porque ¿cómo es posible que una Reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia a aquel gato viejo, murciélagos, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callárselo? Id, y a pesar de la razón y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen, y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias) meted la cabeza en la trampa, a riesgo de perecer en ella misma.

Gertrudis

No, no lo temas, que si las palabras se forman del aliento, y éste anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí, para repetir lo que me has dicho.

Hamlet

¿Sabéis que debo ir a Inglaterra?

Gertrudis

¡Ah! Ya lo había olvidado. Sí, es cosa resuelta.

Hamlet

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré, como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje facilitarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero, yo los dejaré hacer: que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas; o yo excavaré una vara no más

debajo de las minas, y les haré saltar hasta la luna.
¡Oh! ¡Es mucho gusto, cuando un pícaro tropieza con
quien se las entiende!... Este hombre me hace ahora su
ganapán..., le llevaré arrastrando a la pieza inmediata.
Madre, buenas noches... Por cierto que el señor
Consejero (que fue en vida un hablador impertinente)
es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos,
amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con
ello. Buenas noches, madre.

Escena I

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

Salón de Palacio.

Claudio

Esos suspiros, esos profundos sollozos, alguna causa tienen, dime cuál es; conviene que la sepa yo... ¿En dónde está tu hijo?

Gertrudis

Dejadnos solos un instante. ¡Ah! ¡Señor lo que he visto esta noche!

Claudio

¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

Gertrudis

Furioso está, como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es más fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algún ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un ratón, un ratón, y en su ilusión frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

Claudio

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza a todos: a mí, a ti misma, a todos en fin. ¡Oh! ¿Y cómo disculparemos una acción tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda a nosotros, porque nuestra autoridad debería haber reprimido a ese joven loco, poniéndole en paraje donde a nadie pudiera ofender. Pero el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que más convenía; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la substancia vital. ¿Y a dónde ha ido?

Gertrudis

A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura, llora el error que ha cometido. Así el oro manifiesta su pureza; aunque mezclado, tal vez, con metales viles.

Claudio

Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya, entretanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia, para ocultar o disculpar, un hecho tan indigno.

Escena II

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

Claudio

¡Oh! ¡Guillermo, amigos! Id entrabmos con alguna gente que os ayude. Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto a Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id a buscarle, habladle con dulzura y haced llevar el cadáver a la capilla. No os detengáis. Vamos, que pienso llamar a nuestros más prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extensión del orbe y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañón a su blanco) errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá sólo al viento insensible. ¡Oh! Vamos de aquí... mi alma está llena de agitación y de terror.

Escena III

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

Cuarto de HAMLET.

Hamlet

Colocado ya en lugar seguro. Pero...

Ricardo

Hamlet, señor.

Hamlet

¿Qué ruido es este? ¿Quién llama a Hamlet? ¡Oh! Ya están aquí.

Ricardo

Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

Hamlet

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

Ricardo

Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar a la capilla.

Hamlet

¡Ah! No creáis, no.

Ricardo

¿Qué es lo que no debemos creer?

Hamlet

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mío... Y, además, ¿qué ha de responder el hijo de un Rey a las instancias de un entremetido palaciego?

Ricardo

¿Entremetido me llamáis?

Hamlet

Sí, señor, entremetido: que como una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes, a lo último de su carrera, es cuando sirven mejor al Príncipe, porque este, semejante al mono, se los mete en un rincón de la boca; allí los conserva, y el primero que entró, es el último que se traga. Cuando el Rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

Ricardo

No comprendo lo que decís.

Hamlet

Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

Ricardo

Señor, lo que importa es que nos digáis en donde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros a ver al Rey.

Hamlet

El cuerpo está con el Rey; pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey viene a ser una cosa como...

Guillermo

¿Qué cosa, señor?

Hamlet

Una cosa, que no vale nada..., pero; guarda, Pablo...
Vamos a verle.

Escena IV

CLAUDIO solo

Salón de Palacio.

Claudio

Le he enviado a llamar y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad a este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia

de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, o son incurables, o se alivian con desesperados remedios.

Escena V

CLAUDIO, RICARDO

Claudio

¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?

Ricardo

No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

Claudio

Pero, él, ¿en dónde está?

Ricardo

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

Claudio

Traedle a mi presencia.

Ricardo
Guillermo, que venga el Príncipe.

Escena VI

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO,
CRIADOS

Claudio
Y bien y Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

Hamlet
Ha ido a cenar.

Claudio
¿A cenar? ¿Adónde?

Hamlet
No adónde coma, sino adónde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el Monarca supremo de todos los comedores. Nosotros engordamos a los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come después. El Rey gordo y el mendigo flaco son dos platos

diferentes; pero se sirven a una misma mesa. En esto para todo.

Claudio

¡Ah!

Hamlet

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido a un Rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

Claudio

¿Y qué quieres decir con eso?

Hamlet

Nada más que manifestar, cómo un Rey puede pasar progresivamente a las tripas de un mendigo.

Claudio

¿En dónde está Polonio?

Hamlet

En el cielo. Enviad a alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podéis vos mismo irle a buscar a otra parte. Bien que, si no le halláis en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

Claudio

Id allá a buscarle.

Hamlet

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

Claudio

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas a tu propia seguridad, la cual me interesa tanto, como lo demuestra el sentimiento que me causa la acción que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate, pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje a Inglaterra.

Hamlet

¿A Inglaterra?

Claudio

Sí, Hamlet.

Hamlet

Muy bien.

Claudio

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin a que se encaminan mis deseos.

Claudio

Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos a Inglaterra.
¡Adiós, mi querida madre!

Claudio

¿Y tu madre que te ama, Hamlet?

Hamlet

Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, conque... Mi madre...
¡Eh, vamos a Inglaterra!

Escena VII

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

Claudio

Seguidle inmediatamente, instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario a esta comisión está sellado y pronto. Id, no os detengáis. Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aún miras sangrientas las heridas que recibiste del acero danés y en dócil temor me pagas tributos; no dilates tibia la ejecución de mi suprema voluntad, que por cartas escritas a este fin, te pide con la mayor instancia, la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe

por más feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazón la tranquilidad, ni la alegría.

Escena VIII

FORTIMBRÁS, UN CAPITÁN, SOLDADOS

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

Fortimbrás

Id, Capitán, saludad en mi nombre al Monarca danés: decidle que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, según se le ha prometido. Ya sabéis el sitio de nuestra reunión. Si algo quiere su Majestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto a ir en persona a darle pruebas de mi respeto.

Capitán

Así lo haré, señor.

Fortimbrás

Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

Escena IX

UN CAPITÁN, HAMLET, RICARDO Y GUILLERMO,
SOLDADOS

Hamlet

Caballero, ¿de dónde son estas tropas?

Capitán

De Noruega, señor.

Hamlet

Y decidme, ¿adónde se encaminan?

Capitán

Contra una parte de Polonia.

Hamlet

¿Quién las acaudilla?

Capitán

Fortimbrás, sobrino del anciano Rey de Noruega.

Hamlet

¿Se dirigen contra toda Polonia, o solo a alguna parte
de sus fronteras?

Capitán

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos a adquirir una porción de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaría, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al Polaco; aunque a pública subasta la vendan.

Hamlet

Sin duda, ¿el Polaco no tratará de resistir?

Capitán

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

Hamlet

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados no decidirá la posesión de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia, que revienta en lo interior; sin que exteriormente se vea la razón porque el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

Capitán

Dios os guarde.

Ricardo

¿Queréis proseguir el camino?

Hamlet

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

Escena X

HAMLET solo

Hamlet

Cuantos accidentes ocurren, todos me acusan, excitando a la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no más. No. Aquél que nos formó dotados de tan extenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dio ciertamente esta facultad, esta razón divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve a penetrar los casos venideros (proceder en que hay más parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razón, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes halló ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un Príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambición generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su

existencia frágil y mortal a los golpes de la fortuna a la muerte, a los peligros más terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar sólo cuando ocurre un gran motivo; sino en saber hallar una razón plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa; cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razón y mi ardimento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mía veo la destrucción inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como a sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aún no es suficiente sepultura a tantos cadáveres. ¡Oh! De hoy más, o no existirá en mi fantasía idea ninguna, o cuántas forme serán sangrientas.

Escena XI

GERTRUDIS, HORACIO

Galería de Palacio.

Gertrudis

No, no quiero hablarla.

Horacio

Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasión.

Gertrudis

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

Horacio

Habla mucho de su padre; dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve a los que las oyen a retenerlas, examinando el fin conque las dice, y dando a sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan a creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado más infeliz.

Gertrudis

Será bien hablarla: antes que mi repulsa, esparza conjeturas fatales, en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. El más frívolo acaso parece a mi dañada conciencia presagio de algún

grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto, hace tal vez que él mismo se descubra.

Escena XII

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

Ofelia

¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?

Gertrudis

¿Cómo va, Ofelia?

Ofelia

¿Cómo al amante
que fiel te sirva,
de otro cualquiera
distinguiría?

Por las veneras
de su esclavina,
bordón, sombrero
con plumas rizas,
y su calzado

que adornan cintas.

Gertrudis

¡Oh! ¡Querida mía! Y, ¿a qué propósito viene esa canción?

Ofelia

¿Eso decís?.... Atended a ésta.
Muerto es ya, señora,
muerto y no está aquí.
Una tosca piedra
a sus plantas vi
y al césped del prado
su frente cubrir.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Gertrudis

Sí, pero, Ofelia...

Ofelia

Oíd, oíd.
Blancos paños le vestían...

Escena XIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

Gertrudis

¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

Ofelia

Blancos paños te vestían
como la nieve del monte
y al sepulcro le conducen,
cubierto de bellas flores,
que en tierno llanto de amor
se humedecieron entonces.

Claudio

¿Cómo estás, graciosa niña?

Ofelia

Buena, Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fue
antes una doncella, hija de un panadero. ¡Ah! Sabemos
lo que somos ahora; pero no lo que podemos ser. Dios
vendrá a visitarlos.

Claudio

Alusión a su padre.

Ofelia

Pero no, no hablemos más en esto, y si os preguntan lo
que significa decid:
De San Valentino
la fiesta es mañana:

yo, niña amorosa,
al toque del alba
iré a que me veas
desde tu ventana,
para que la suerte
dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
se viste de gala
y abriendo las puertas
entró la muchacha,
que viniendo virgen,
volvió desflorada.

Claudio

¡Graciosa Ofelia!

Ofelia

Sí, voy a acabar; sin jurarlo, os prometo que la voy a
concluir.
¡Ay! ¡Mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
le dice indignada.
Antes que en tus brazos
me mirase incauta,
de hacerme tu esposa
me diste palabra.

Y él responde entonces:
Por el sol te juro
que no lo olvidara,
si tú no te hubieras
venido a mi cama.

Claudio

¿Cuánto ha que está así?

Ofelia

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... Pero, yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría... Mi hermano lo sabrá... Preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... Vamos : la carroza. Buenas noches, señoras, buenas noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

Claudio

Acompáñala a su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

Escena XIV

CLAUDIO, GERTRUDIS

Claudio

¡Oh! Todo es efecto de un profundo dolor, todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías; sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo, justo motivo a su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones, sobre la muerte del buen Polonio; cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros o comparables sólo a los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicentes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, a falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes a un tiempo.

Gertrudis

¡Ay! ¡Dios! ¿Qué estruendo es éste?

Escena XV

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO

Claudio

¿En dónde está mi guardia?... Acudid, defended las puertas... ¿Qué es esto?

Caballero

Huid, señor. El océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu más espantoso que el que manifiesta el joven Laertes, ciego de furor; venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida Señor, y como si ahora comenzase a existir el mundo; la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por Rey a Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando a las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro Rey, viva Laertes.

Gertrudis

¡Con qué alegría sigue, ladrandó, esa trahilla pérfida el rastro mal seguro en que va a perderse!

Claudio

Ya han roto las puertas.

Escena XVI

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS y
PUEBLO

Laertes

¿En dónde está el Rey? Vosotros, quedaos todos
afuera.

Voces

No, entremos!

Laertes

Yo os pido que me dejéis.

Voces

Bien, bien está.

Laertes

Gracia, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno
Príncipe, dame a mi padre.

Gertrudis

Menos, menos ardor, querido Laertes.

Laertes

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio, infamaría de cornudo a mi padre e imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima, la nota infame de prostituta.

Claudio

Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelión? Déjale, Gertrudis, no le contengas... No temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende a los Reyes: la traición no puede, como quisiera, penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecución todos sus designios... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado? Déjale Gertrudis... Habla tú.

Laertes

¿En dónde está mi padre?

Claudio

Murió.

Gertrudis

Pero no le ha muerto el Rey.

Claudio

Déjale preguntar cuanto quiera.

Laertes

¿Y cómo ha sido su muerte?.. ¡Eh!... No, a mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el más atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvación, en el abismo más profundo... La condenación eterna no me horroriza, suceda lo que quiera, ni éste ni el otro mundo me importan nada... Sólo aspiro, y este es el punto en que insisto, sólo aspiro a dar completa venganza a mi difunto padre.

Claudio

¿Y quién te lo puede estorbar?

Laertes

Mi voluntad sola y no todo el universo, y en cuanto a los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

Claudio

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre ¿está escrito acaso en tu venganza, que hayas de atropellar sin distinción amigos y enemigos, culpados e inocentes?

Laertes

No, sólo a mis enemigos.

Claudio

¿Querrás, sin duda, conocerlos?

Laertes

¡Oh! A mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso, los alimentaré si necesario fuese con mi sangre misma.

Claudio

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara a tu razón, como a tus ojos la luz del día.

Voces

Dejadla entrar.

Laertes

¿Qué novedad... qué ruido es este?

Escena XVII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA,
acompañamiento.

Laertes

¡Oh! ¡Calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas, en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los Cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza...
¡Oh! ¡Rosa de Mayo! ¡Amable niña! ¡Mi querida Ofelia! ¡Mi dulce hermana!... ¡Oh! ¡Cielos! Y ¿es posible que el entendimiento de una tierna joven sea tan frágil como la vida del hombre decrepito?... Pero la naturaleza es muy fina en amor, y cuando éste llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

Ofelia

Lleváronle en su ataúd
con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Adiós, querido mío. Adiós.

Laertes

Si gozando de tu razón me incitaras a la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

Ofelia

Debéis cantar aquello de:
Abajito está
llámele, señor, que abajito está.
¡Ay! Que a propósito viene el estribillo... El pícaro del
Mayordomo fue el que robó a la señorita.

Laertes

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí que
el más concertado discurso.

Ofelia

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria.
Tornad, amigo, para que os acordéis... Y aquí hay
trinitarias, que son para los pensamientos.

Laertes

Aun en medio de su delirio quiere aludir a los
pensamientos que la agitan, y a sus memorias tristes.

Ofelia

Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda... para
vos también, y esto poquito es para mí. Nosotros
podemos llamarla yerba santa del Domingo,... vos la
usareís con la distinción que os parezca... Esta es una
margarita. Bien os quisiera dar algunas violetas; pero
todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen
que tuvo un buen fin.

Un solitario
de plumas vario

me da placer.

Laertes

Ideas funestas, aflicción, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo; ¡todo en su boca es gracioso y suave!

Ofelia

Nos deja, se va,
y no ha de volver.
No, que ya murió,
no vendrá otra vez...
su barba era nieve,
su pelo también.
Se fue, ¡dolorosa
partida! se fue.
En vano exhalamos
suspiros por él.
Los Cielos piadosos
descanso le den.
A él y a todas las almas cristianas. Dios lo quiera...
¡Eh!, señores, adiós.

Escena XVIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES

Laertes

Veis esto, ¡Dios mío!

Claudio

Yo debo tomar parte en tu aflicción, Laertes: no me niegues este derecho... Óyeme aparte. Elige entre los más prudentes de tus amigos, aquellos que te parezca. Oigamos a entrados y juzguen. Si por mí propio o por mano ajena, resulto culpado: mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mío, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

Laertes

Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral: sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo a la tierra por un examen, el más riguroso.

Claudio

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

Escena XIX

HORACIO, UN CRIADO

Sala en casa de HORACIO.

Horacio

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

Criado

Unos marineros, que según dicen os traen cartas.

Horacio

Hazlos entrar. Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

Escena XX

HORACIO, DOS MARINEROS

Marinero 1º

Dios os guarde.

Horacio

Y a vosotros también.

Marinero 1º

Así lo hará si es su voluntad. Estas cartas del Embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas a vos, si os llamáis Horacio, como nos han dicho.

Horacio

Horacio: luego que hayas leído ésta, dirigirás esos hombres al Rey para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos días de navegación, cuando empezó a darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados a apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcación enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabían lo que se hacían, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envío, y tú ven a verme con tanta diligencia, como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído que te dejarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes a expresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino a Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adiós. Tuyo siempre, Hamlet. Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, a fin

de que me llevéis después a donde queda el que os las entregó.

Escena XXI

CLAUDIO, LAERTES

Gabinete del Rey.

Claudio

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo y me darás lugar en el corazón como a tu amigo; después que has oído, con pruebas evidentes, que el matador de tu noble padre, conspiraba contra mi vida.

Laertes

Claramente se manifiesta... Pero, decidme ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables? Cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberían excitaros tan particularmente a reprimirlos.

Claudio

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles; para mí han sido muy poderosas. Una es, que

la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia o felicidad mía) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma a la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razón por que no puedo proceder contra el agresor públicamente es el grande cariño que le tiene el pueblo, el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del Príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan a huracán tan fuerte; y sin tocar el punto a que las dirija, se volverán otra vez al arco.

Laertes

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho más si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

Claudio

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como ésta sola; que en mi opinión ocupa el último lugar.

Laertes

¿Y qué habilidad es, señor?

Claudio

No es más que un lazo en el sombrero de la juventud; pero que la es muy necesario, puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste, por abrigo y decencia... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco a los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos jinetes; pero el galán de quien hablo era un prodigo en esto. Parecía haber nacido sobre la silla, y hacía ejecutar al caballo tan admirables movimientos, como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo, y tanto excedió a mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar, no negaron a lo que él hizo.

Laertes

¿Decís que era normando?

Claudio

Sí, normando.

Laertes

Ese es Lamond, sin duda.

Claudio

Él mismo.

Laertes

Le conozco bien y es la joya más precisa de su nación.

Claudio

Pues éste hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto que dijo alguna vez, que sería un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito; si pudiera hallarse, puesto que según aseguraba él mismo, los más diestros de su nación carecían de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimías con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso, para batallar contigo. Fuera de esto...

Laertes

¿Y qué hay además de eso, señor?

Claudio

Laertes, ¿amaste a tu padre? O eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante, cuando las falta un corazón.

Laertes

¿Por qué lo preguntáis?

Claudio

No porque piense que no amabas a tu padre; sino porque sé que el amor está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas; según me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha o pábilo que la destruye al fin, nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en pléthora perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer debería ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece, según las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces, aquel estéril deseo es semejante a un suspiro, que exhalando pródigo el aliento causa daño, en vez de dar alivio... Pero, toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve. ¿Qué acción emprenderías tú para manifestar, más con las obras que con las palabras, que eres digno hijo de tu padre?

Laertes

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

Claudio

Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre a los elogios

que hizo de ti el francés. Por último, llegaréis a veros; se harán apuestas en favor de uno y otro... Él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin botón, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfacción de la muerte de tu padre.

Laertes

Así lo haré, y a ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte; sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por más que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque, muera.

Claudio

Reflexionemos más sobre esto... Examinemos, qué ocasión, qué medios serán más oportunos a nuestro engaño; porque, si tal vez se malogra, y equivocada la ejecución se descubren los fines, valiera más no haberlo emprendido. Conviene, pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el

medio. Cuando con la agitación os sintáis acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla sólo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... Calla. ¿Qué ruido se escucha?

Escena XXIV

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES

Claudio

¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

Gertrudis

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

Laertes

¡Ahogada! ¿En dónde? ¡Cielos!

Gertrudis

Donde hallaréis un sauce que crece a las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó, ridícularmente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman, dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir a suspenderla de los pendientes ramos; se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal, ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante a una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, o como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durarse por mucho espacio. Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían la arrebataron a la infeliz; interrumpiendo su canto dulcísimo, la muerte, llena de angustias.

Laertes

¿Qué en fin se ahogó? ¡Mísero!

Gertrudis

Sí, se ahogó, se ahogó.

Laertes

¡Desdichada Ofelia! Demasiada agua tienes ya, por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que a pesar de

todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por más que el valor se avergüence. Pero, luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Adiós señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas, si no las apagasen estas lágrimas imprudentes.

Claudio

Sigámosle, Gertrudis, que después de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

Escena I

SEPULTURERO 1.^º SEPULTURERO 2.^º

Cementerio contiguo a una iglesia.

Sepulturero 1^º

¿Y es la que ha de (192) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvación?

Sepulturero 2^º

Dígote que sí, conque haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

Sepulturero 1^º

Yo no entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

Sepulturero 2^º

Así han juzgado que fue.

Sepulturero 1^º

No, no, eso fue se offendendo; ni puede haber sido de otra manera: porque... Ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una acción, y toda acción consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar, de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

Sepulturero 2º

¡Qué! Pero, oígame ahora el tío Socaba.

Sepulturero 1º

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga a sí mismo, porque, por fas o por nefas, ello es que él va... Pero, atiende a lo que digo. Si el agua viene hacia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él a sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte, no se acorta la vida.

Sepulturero 2º

¿Y qué hay leyes para eso?

Sepulturero 1º

Ya se ve que las hay, y por ellas se guía el juez que examina estos casos.

Sepulturero 2º

¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

Sepulturero 1º

En efecto dices bien y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá (193) con el azadón... Ello es que no hay caballeros de nobleza más antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesión de Adán.

Sepulturero 2º

Pues qué, ¿Adán fue caballero (194)?

Sepulturero 1º

¡Toma! Como que fue el primero que llevó armas... Pero, voy a hacerte una pregunta y si no me respondes a cuenta, has de confesar que eres un...

Sepulturero 2º

Adelante.

Sepulturero 1º

¿Cuál es el que construye edificios más fuertes, que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

Sepulturero 2º

El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive a mil inquilinos.

Sepulturero 1º

Agudo eres, por vida mía. Buen edificio es la horca; pero, ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal; ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica más fuerte que una iglesia, con que la horca podría ser buena para ti... Volvamos a la pregunta.

Sepulturero 2º

¿Cuál es el que hace habitaciones más durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

Sepulturero 1º

Sí, dímelo y sales del apuro.

Sepulturero 2º

Ya se ve que te lo diré.

Sepulturero 1º

Pues vamos.

Sepulturero 2º

Pues no puedo decirlo.

Sepulturero 1º

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo, que no saldrá de su paso por más que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el Sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace, duran hasta el día del juicio? Anda, ve ahí a casa de Juanillo y tráeme una copa de aguardiente.

Escena II

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1.^º

Sepulturero 1^º

Yo amé en mis primeros años (195),
dulce cosa lo juzgué;
pero casarme, eso no,
que no me estuviera bien.

Hamlet

Qué poco (196) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

Horacio

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupación.

Hamlet

Así es la verdad. La mano que menos trabaja, tiene más delicado el tacto.

Sepulturero 1º

La edad callada en la huesa (197)
me hundió con mano cruel,
y toda se destruyó
la existencia que gocé.

Hamlet

Aquella calavera tendría lengua en otro tiempo, y con ella podría también cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Caín el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podría ser muy bien la cabeza de algún estadista, que acaso pretendió engañar al Cielo mismo. ¿No te parece?

Horacio

Bien puede ser.

Hamlet

O la de algún cortesano, que diría: felicísimos días, Señor Excelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado Señor? Ésta puede ser la del caballero Fulano, que hacía grandes elogios del potro del caballero Zutano, para pedírselle prestado después. ¿No puede ser así?

Horacio

Sí, señor.

Hamlet

¡Oh! Sí por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadón de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera en nosotros, medios para observarlas... Pero, ¿costó acaso tan poco la formación de estos huesos a la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (198) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

Sepulturero 1º

Una piqueta (199)
con una azada,
un lienzo donde
revuelto vaya,
y un hoyo en tierra
que le preparan:
para tal huésped
eso le basta.

Hamlet

Y esa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un letrado? ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrolllos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribón, grosero, le golpee contra la pared, con el azadón lleno de barro?... ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal! Éste sería, quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones y reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve

aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas; todo ha venido a parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataúd. Y, no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesión que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! ¡Y a su opulento sucesor tampoco le quedará más!

Horacio

Verdad es, señor.

Hamlet

¿No se hace el pergamo de piel de carnero?

Horacio

Sí señor, y de piel de ternera también.

Hamlet

Pues, dígote, que son más irracionales que las terneras y carneros, los que fundan su felicidad en la posesión de tales pergaminos. Voy a tramar conversación con este hombre. ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?
(200)

Sepulturero 1º

Mía, señor (201).

y un hoyo en tierra (202)

que le preparan:

para tal huésped

eso le basta.

Hamlet

Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

Sepulturero 1º

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

Hamlet

¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

Sepulturero 1º

No es hombre, señor.

Hamlet

Pues bien, ¿para qué mujer?

Sepulturero 1º

Tampoco es eso.

Hamlet

Pues ¿qué es lo que ha de enterrarse ahí?

Sepulturero 1º

Un cadáver que fue mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

Hamlet

¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque si no, es capaz de confundirnos a equívocos. De tres años a esta parte he observado cuanto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mía, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talón.
¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

Sepulturero 1º

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio, el día que nuestro último Rey Hamlet venció a Fortimbrás.

Hamlet

¿Y cuánto tiempo habrá?

Sepulturero 1º

¡Toma! ¿No lo sabéis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se ha ido a Inglaterra.

Hamlet

¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido a Inglaterra?

Sepulturero 1º

Porque..., porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no le cobra a bien que poco importa.

Hamlet

¿Por qué?

Sepulturero 1º

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

Hamlet

¿Y cómo ha sido volverse loco?

Sepulturero 1º

De un modo muy extraño, según dicen.

Hamlet

¿De qué modo?

Sepulturero 1º

Habiendo perdido el entendimiento.

Hamlet

Pero, ¿qué motivo dio lugar a eso? (203)

Sepulturero 1º

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande, por espacio de treinta años.

Hamlet

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

Sepulturero 1º

De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho o nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

Hamlet

¿Pues qué tiene él más que otro cualquiera?

Sepulturero 1º

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya, por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es la cosa que más pronto destruye a cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veintitrés años.

Hamlet

¿De quién es?

Sepulturero 1º

Mayor hideputa, ¡loco! ¿De quién os parece que será?

Hamlet

¿Yo cómo he de saberlo?

Sepulturero 1º

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufón del Rey (204).

Hamlet

¿Ésta?

Sepulturero 1º

La misma.

Hamlet

¡Ay! ¡Pobre Yorick! Yo le conocí, Horacio..., era un hombre sumamente gracioso de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número. ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, faltó ya enteramente de músculos, ni aún puedes reírte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas y dile, para excitar su risa, que porque se ponga una pulgada de afeite en el rostro; al fin habrá de experimentar esta misma transformación... (205)
Dime una cosa, Horacio.

Horacio

¿Cuál es, señor?

Hamlet

¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra,
tendría esa forma horrible?

Horacio

Cierto que sí.

Hamlet

Y exhalaría ese mismo hedor... ¡Uh!

Horacio

Sin diferencia alguna (206).

Hamlet

En qué abatimiento hemos de parar, ¡Horacio! Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro, hasta encontrarla tapando la boca de algún barril?

Horacio

A fe que sería excesiva curiosidad ir a examinarlo.

Hamlet

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí, con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo a polvo,

el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... ¿y por qué con este barro en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh!... Y aquella tierra, que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique, contra las intemperies del invierno... Pero, callemos... hagámonos a un lado, que... sí... Aquí viene el Rey, la Reina, los Grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es éste! Todo ello me anuncia que el difunto que conducen, dio fin a su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES,
HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS.
Acompañamiento de Damas, Caballeros y Criados. (207)

Laertes

¿Qué otra ceremonia falta? (208)

Hamlet

Mira, aquel es Laertes, joven muy ilustre.

Laertes

¿Qué ceremonia falta?

El cura

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar a muchas dudas, y a no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano, allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

Laertes

¿Con que no se debe hacer más?

El cura

No más. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un réquiem para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con más cristiana disposición.

Laertes

Dadla tierra, pues (209). Sus hermosos e intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y a ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

Hamlet

¡Qué! ¡La hermosa Ofelia!

Gertrudis

Dulces dones a mi dulce amiga (210). A Dios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial..., pero no tu sepulcro.

Laertes

¡Oh! ¡Una y mil veces sea maldito, aquel cuya acción inhumana te privó a ti del más sublime entendimiento!... No... esperad un instante, no echéis la tierra todavía... No..., hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (211) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagáis un monte que descuelle sobre el antiguo Pelión o sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

Hamlet

¿Quién es el que da a sus penas idioma tan enfático? (212) ¿El que así invoca en su aflicción a las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas a oírle?... Yo soy Hamlet, Príncipe de Dinamarca.

Laertes

El demonio lleve tu alma.

Hamlet

No es justo lo que pides... Quita esos (213) dedos de mi cuello, porque aunque no soy precipitado ni colérico; algún riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente, debes evitarle. Quita de ahí esa mano.

Claudio

Separadlos.

Gertrudis

¡Hamlet! ¡Hamlet!

Todos

¡Señores!

Horacio

Moderaos, señor.

Hamlet

No, por causa tan justa lidiaré con él, hasta que cierre mis párpados la muerte.

Gertrudis

Qué causa puede haber, hijo mío...

Hamlet

Yo he querido a Ofelia y cuatro mil hermanos juntos no podrán, con todo su amor, exceder al mío... ¿Qué quieres hacer por ella? Di.

Claudio

Laertes, mira que está loco.

Gertrudis

Por Dios, Laertes, déjale.

Hamlet

Dime lo que intentas hacer (214). ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (215), devorar un caimán? Yo lo haré también... ¿Vienes aquí a lamentar su muerte, a insultarme precipitándote en su sepulcro, a ser enterrado vivo con ella?... Pues bien, eso quiero yo, y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Ossa parezca en su comparación un terrón pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

Gertrudis

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarte por algún tiempo; pero después, semejante a la mansa paloma cuando siente animada las mellizas crías, le veréis sin movimiento y mudo.

Hamlet

Óyeme: ¿cuál es la razón de obrar así conmigo?
Siempre te he querido bien... Pero nada importa.
Aunque el mismo Hércules, con todo su poder, quiera

estorbarlo, el gato maullará y el perro quedará vencedor (216).

Claudio

Horacio, ve, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia, mientras dispongo lo que importa en la ocasión presente...

Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo. Esta sepultura se adornará con un monumento durable. Espero que gozaremos brevemente horas más tranquilas; pero, entretanto, conviene sufrir.

Escena IV

HAMLET, HORACIO

Salón del Palacio. (217)

Hamlet

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

Horacio

¿No he de acordarme, señor?

Hamlet

Pues sabrás (218) amigo, que agitado continuamente mi corazón en una especie de combate, no me permitía conciliar el sueño, y en tal situación me juzgaba más infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias a esta temeridad, pues por ella existo. Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscreción suele sernos útil; al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad, se malogran, prueba certísima de que la mano de Dios conduce a su fin todas nuestras acciones por más que el hombre las ordene sin inteligencia.

Horacio

Así es la verdad.

Hamlet

Salgo, pues, de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero, y a tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo a mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideración, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones, de ser importante a la tranquilidad de Dinamarca, y aún a la de Inglaterra y ¡oh! mil temores y anuncios de mal, si me dejan vivo...

En fin, decía: que luego que fuese leída, sin dilación, ni aun para afinar a la segur el filo, me cortasen la cabeza.

Horacio

¡Es posible!

Hamlet

Mira la orden aquí (219), podrás leerla en mejor ocasión; pero ¿quieres saber lo que yo hice?

Horacio

Sí, yo os lo ruego.

Hamlet

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama, aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algún tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro; y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla.

¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

Horacio

Sí señor.

Hamlet

Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como a su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz, coronada de espigas, mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas. Pidiéndole, por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte a los dos mensajeros; no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

Horacio

¿Y cómo la pudisteis sellar?

Hamlet

Aún eso también parece que lo dispuso el Cielo, porque felizmente trata conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma dirección, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje y nadie nota el cambio... Al día siguiente ocurrió el combate naval, lo que después sucedió, ya lo sabes.

Horacio

De ese modo, Guillermo y Ricardo caminan derechos a la muerte.

Hamlet

Ya ves que ellos han solicitado este encargo, mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

Horacio

¡Oh! ¡Qué Rey éste!

Hamlet

¿Juzgas tú, que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? Él, que asesinó a mi padre y mi Rey, que ha deshonrado a mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio, y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida, valiéndose de medios tan aleves... ¿No será justicia rectísima castigarle con esta mano? No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista, para cometer como hasta aquí, maldades atroces?

Horacio

Presto le avisarán de Inglaterra cual ha sido el éxito de su solicitud.

Hamlet

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mío y para quitar a un hombre la vida, un instante basta... Sólo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi

sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba a sus quejas irritó en exceso mi cólera.

Horacio

Callad... ¿Quién viene aquí?

Escena V

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE

Enrique

En hora (220) feliz haya regresado vuestra Alteza a Dinamarca.

Hamlet

Muchas gracias, caballero... ¿Conoces a este moscón?

Horacio

No señor.

Hamlet

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy

fértiles, y por más que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él; ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del Rey... Es la corneja más charlera que en mi vida he visto; pero como te he dicho ya, posee una gran porción de polvo.

Enrique

Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupación que se lo estorbe, yo le comunicaría una cosa de parte del Rey.

Hamlet

Estoy dispuesto a oírla con la mayor atención... Pero, emplead el sombrero en el uso a que fue destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

Enrique

Muchas gracias, señor... ¡Eh! El tiempo está caluroso.

Hamlet

No, al contrario, muy frío. El viento es norte.

Enrique

Cierto que hace bastante frío.

Hamlet

Antes yo creo... a lo menos para mi compleción, hace un calor que abrasa.

Enrique

¡Oh! En extremo... Sumamente fuerte, como... Yo no sé como diga... Pues, señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

Hamlet

Tened presente que el sombrero se...

Enrique

¡Oh! Señor... Lo hago por comodidad... Ciento... Pues ello es, que Laertes acaba de llegar a la Corte... ¡Oh! Es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Ciento, hablando sin pasión, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

Hamlet

La pintura que de él hacéis no desmerece nada en vuestra boca; aunque yo creí que, al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirían la aritmética y la memoria y ambas serían insuficientes para suma tan larga. Pero, sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo; pues el que presuma buscarla en otra parte, sólo encontrará bosquejos informes.

Enrique

Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

Hamlet

Sí, pero sépase a qué propósito nos enronquecemos ahora, entremetiendo en nuestra conversación las alabanzas de ese galán.

Enrique

¿Cómo decís, señor?

Horacio

¿No fuera mejor que le hablarais con más claridad? Yo creo, señor, que no os sería difícil.

Hamlet

Digo, que ¿a qué viene ahora hablar de ese caballero?

Enrique

¿De Laertes?

Horacio

¡Eh! Ya vació cuanto tenía, y se le acabó la provisión de frases brillantes.

Hamlet

Sí señor, de ese mismo.

Enrique

Yo creo que no estaréis ignorante de...

Hamlet

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinión no me añada un gran concepto... Y bien, ¿qué más?

Enrique

Decía que no podéis ignorar el mérito de Laertes.

Hamlet

Yo no me atreveré a confesarlo, por no igualarme con él; siendo averiguado que para conocer bien a otro, es menester conocerse bien a sí mismo.

Enrique

Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que según la voz general, no se le conoce compañero.

Hamlet

¿Y qué arma es la suya?

Enrique

Espada y daga.

Hamlet

Esas son dos armas... Vaya adelante.

Enrique

Pues señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte, (según he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así a este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa más bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!.. ¡Oh! Es obra de mucho gusto y primor.

Hamlet

Y ¿a qué cosa llamáis cureñas?

Horacio

Ya recelaba yo y que sin el socorro de motas marginales no pudierais acabar el diálogo.

Enrique

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... Los cinturones.

Hamlet

La expresión sería mucho más propia, si pudiéramos llevar al lado un cañón de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin y vamos al asunto. Seis caballos bárbaros, contra seis espadas francesas, con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas. ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el danés? ¿Y a qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

Enrique

El Rey ha apostado que si batalláis con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé, y él dice, que en las mismas doce, os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente: si os dignáis de responder.

Hamlet

¿Y si respondo que no?

Enrique

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

Hamlet

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala, porque si su Majestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta, si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

Enrique

¿Con qué lo diré en esos términos?

Hamlet

Esta es la substancia; después lo podéis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

Enrique

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos a vuestra
grandeza.

Hamlet

Siempre vuestro, siempre.

Escena VI

HAMLET, HORACIO

Hamlet

Él hace muy bien de recomendarse a sí mismo, porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

Horacio

Este me parece un vencejo, que empezó a volar y chillar, con el cascarón pegado a las plumas.

Hamlet

Sí, y aun antes de mamar hacía ya cumplimientos a la teta. Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del día, con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa. Y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado a la espuma; que por más que hierva y abulte, al dar un soplo, se reconoce lo que

es: todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

Escena VII

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO

Caballero

Señor, parece que su Majestad os envió un recado con el joven Enrique, y éste ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El Rey me envía a saber si gustáis de batallar con Laertes inmediatamente, o si queréis que se dilate.

Hamlet

Yo soy constante en mi resolución y la sujeto a la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, también lo es para mí, conque hágase al instante o cuando guste; con tal que me halle en la buena disposición que ahora.

Caballero

El Rey y la Reina bajan ya, con toda la Corte.

Hamlet

Muy bien.

Caballero

La Reina quisiera que antes de comenzar la batalla,
hablarais a Laertes con dulzura y expresiones de
amistad.

Hamlet

Es advertencia muy prudente.

Escena VIII

HAMLET, HORACIO

Horacio

Temo que habéis de perder, señor.

Hamlet

No, yo pienso que no. Desde que él partió para
Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le
llevaré ventaja... Pero... No podrás imaginarte que
angustia siento, aquí en el corazón. Y ¿sobre qué?.. No
hay motivo.

Horacio

Con todo eso, señor...

Hamlet

¡Ilusiones vanas! Especie de presentimientos, capaces sólo de turbar un alma femenil.

Horacio

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para que empeñaros. Yo me adelantaré a encontrarlos, y les diré que estáis indispuesto.

Hamlet

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla, si no ha de venir ya, señal que es ahora, y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podría ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde o presto? Sepa morir (221).

Escena IX

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, Caballeros, Damas y acompañamiento.

Claudio

Ven, Hamlet, ven, y recibe esta mano que te presento (222).

Hamlet

Laertes, si estáis (223) ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habréis oído, el desorden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza, o vuestro honor, cualquiera acción en fin, capaz de irritarlos; declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido a Laertes? No, Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí, y si en tal ocasión (en que él a sí propio se desconocía) ofendió a Laertes, no fue Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quién pudo ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid, pues, que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intención y espere de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpón sobre los muros de ese edificio, y por error herí a mi hermano.

Laertes

Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros a pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliación alguna; hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

Hamlet

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto a la batalla que va a comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano...

Vamos. Dadnos floretes.

Laertes

Sí, vamos.. Uno a mí.

Hamlet

La victoria no os será difícil, vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

Laertes

No os burléis, señor.

Hamlet

No, no me burlo.

Claudio

Dales floretes, joven Enrique. Hamlet, ya sabes cuales son las condiciones.

Hamlet

Sí, señor, y en verdad que habéis apostado por el más débil. (224)

Claudio

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir a entrabmos y aunque él haya adelantado después; por eso mismo, el premio es mayor a favor nuestro.

Laertes

Este es muy pesado. Dejadme ver otro. (225)

Hamlet

Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

Enrique

Sí señor.

Claudio

Cubrid esta mesa de copas, llenas de vino. Si Hamlet da la primera o segunda estocada, o en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El Rey beberá a la salud de Hamlet echando en la copa una perla más preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses. Traed las copas, y el timbal diga a las trompetas, las trompetas al artillero distante, los

cañones al cielo, y el cielo a la tierra; ahora brinda el Rey de Dinamarca a la salud de Hamlet... Comenzad, y vosotros que habéis de juzgarlos, observad atentos.

Hamlet

Vamos (226).

Laertes

Vamos señor. (227)

Hamlet

Una.

Laertes

No.

Hamlet

Que juzguen.

Enrique

Una estocada, no hay duda.

Laertes

Bien; a otra.

Claudio

Esperad... Dadme de beber. (228) Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella a tu salud. Dadle la copa.

Hamlet

Esperad un poco. (229) Quiero dar este bote primero.
Vamos. Otra estocada. ¿Qué decís?

Laertes

Sí, me ha tocado, lo confieso.

Claudio

¡Oh! Nuestro hijo vencerá.

Gertrudis

Está grueso, y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo, y límpiate el rostro. La Reina brinda a tu buena fortuna querido Hamlet. (230)

Hamlet

Muchas gracias, señora.

Claudio

No, no bebáis.

Gertrudis

¡Oh! Señor, perdonadme. Yo he de beber.

Claudio

¡La copa envenenada!.. Pero... No hay remedio.

Hamlet

No, ahora no bebo, esperad un instante.

Gertrudis

Ven, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

Laertes

Ahora veréis si le acierto. (231)

Claudio

Yo pienso que no.

Laertes

No sé qué repugnancia siento al ir a ejecutarlo.

Hamlet

Vamos a la tercera, Laertes... Pero, bien se ve que lo tomáis a fiesta, batallad, os ruego, con más ahínco.

Mucho temo que os burláis de mí.

Laertes

¿Eso decís, señor? Vamos. (232)

Enrique

Nada, ni uno ni otro.

Laertes

Ahora... (233) Ésta...

Claudio

Parece que se acaloran demasiado. Separadlos.

Hamlet

No, no, vamos otra vez.

Enrique

Ved qué tiene la Reina ¡Cielos!

Horacio

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

Enrique

¿Cómo ha sido, Laertes?

Laertes

Esto es haber caído en el lazo que preparé, justamente
muero víctima de mi propia traición.

Hamlet

¿Qué tiene la Reina?

Claudio

Se ha desmayado al veros heridos.

Gertrudis

No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet! ¡La bebida!
¡Me han envenenado! (234)

Hamlet

¡Oh! ¡Qué alevosía!.. ¡Oh!.. Cerrad las puertas...
Traición... Buscad por todas partes (235)...

Laertes

No, el traidor está aquí. (236) Hamlet, tú eres muerto...
no hay medicina que pueda salvarte, vivirás media

hora, apenas... En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta. ¡Volviose en mi daño, la trama indigna! Vesme aquí postrado para no levantarme jamás. Tu madre ha bebido un tosigo... No puedo proseguir... El Rey, el Rey es el delincuente.
(237)

Hamlet

¡Está envenenada esta punta! Pues, veneno, produce tus efectos.

Todos

Traición, traición.

Claudio

Amigos, estoy herido... Defendedme.

Hamlet

¡Malvado incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña
¿Está la perla aquí? Sí, toma (238), acompaña a mi
madre.

Laertes

¡Justo castigo!... Él mismo preparó la poción mortal...
Olvidémonos de todo, generoso Hamlet y... ¡Oh! ¡No
caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mía, ni sobre
mí la tuya!

Hamlet

El Cielo te perdone... Ya voy a seguirte. Yo muero, Horacio... Adiós, Reina infeliz... (239) Vosotros que asistís pálidos y mudos con el temor a este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo. (240) La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecución... Yo pudiera deciros... pero, no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta, a quien los ignora.

Horacio

¿Vivir? No lo creáis. Yo tengo alma Romana, y aún ha quedado aquí parte del tósigo. (241)

Hamlet

Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh! ¡Querido Horacio! Si esto permanece oculto, ¡qué manchada reputación dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazón, retarda un poco esa felicidad que apeteces; alarga por algún tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia... ¿Qué estrépito militar es éste? (242)

Escena X

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO y acompañamiento.

Caballero

El joven Fortimbrás que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís a los Embajadores de Inglaterra.

Hamlet

Yo expiro, Horacio, la activa ponzoña sofoca ya mi aliento... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo (243) a anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nación. Yo, moribundo, le doy mi voto... Díselo tú, e infórmale de cuanto acaba de ocurrir... ¡Oh!... Para mí solo queda ya... silencio eterno. (244)

Horacio

En fin, ¡se rompe ese gran corazón! Adiós, adiós, amado Príncipe. (245) ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... Pero, ¿cómo se acerca hasta aquí el estruendo de tambores?

Escena XI

FORTIMBRÁS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, acompañamiento.

Fortimbrás

¿En dónde está ese espectáculo (246)?

Horacio

¿Qué buscáis aquí? Si queréis ver desgracias espantosas, no paséis adelante.

Fortimbrás

¡Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza...

¡Soberbia muerte! ¿Qué festín dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

Embajador 1º

¡Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos a quienes debíamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas: Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ¿quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

Horacio

No las recibiríais de su boca, aunque viviese todavía, que él nunca dio orden para tales muertes. Pero, puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia y vosotros enviados de Inglaterra, os halláis juntos en este lugar y os veo deseosos de averiguar este suceso

trágico: dispone que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada a la vista pública, y entonces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces sentencias que dictó el acaso estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia y al fin, proyectos malogrados, que han hecho perecer a sus autores mismos.

Fortimbrás

Deseo con impaciencia oíros, y convendrá que se reúna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos a esta corona, y en tal ocasión es justo reclamarlos.

Horacio

También puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca, que ya no formará sonido alguno... Pero, ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecución un instante solo: para evitar los males que pudieran causar la malignidad o el error.

Fortimbrás

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes a un guerrero. ¡Ah! Si él hubiese ocupado el trono, sin duda

hubiera sido un excelente Monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hagánselle todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento, más es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros, haced que salute con descargas todo el ejército.

Sobre esta edición electrónica

Este libro electrónico proviene de la versión en español de la biblioteca digital [Wikisource](#)^[1]. Esta biblioteca digital multilingüe, realizada por voluntarios, tiene el objetivo de poner a disposición de todo el mundo el mayor número posible de documentos públicos de todo tipo (novelas, poesías, revistas, cartas, etc.).

Lo proporcionamos de manera gratuita gracias a que los textos utilizados son libres de derechos o están bajo licencia libre. Puede utilizar nuestros libros electrónicos de manera totalmente libre, con finalidades comerciales o no, respetando las cláusulas de la licencia [Creative Commons BY-SA 3.0](#)^[2] o, según sea, de la licencia [GNU FDL](#)^[3].

Wikisource está constantemente buscando nuevos colaboradores. No dude en colaborar con nosotros. A pesar de nuestro cuidado puede ser que se escape algún error en la transcripción del texto a partir del facsímil. Puede avisar de errores en [esta dirección](#)^[4].

Los siguientes contribuidores han permitido la realización de este libro:

- Shooke
- Distarf
- LadyInGrey
- CandalBot
- Jrsantana
- Aleator
- Zimio
- Cárdenas
- EVula
- Tommy Jantarek
- Ignacio Rodríguez
- Freddy eduardo
- Carlosandres2000
- Silvestre
- Alan
- LadyBots
- Luckas Blade
- Vanished user 24kwjf10h32h
- ~2025-41674-24
- Teles
- PlyrStar93
- ATW-KOD
- Theornamentalist
- Millars
- Syum90
- Hamish
- Renamed user f26394dcb19bd7bdad78f0d752896653
- 555.bot
- Matiia

- Nordiskt varg
-

1. ↑ <https://es.wikisource.org>
2. ↑ <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es>
3. ↑ <https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html>
4. ↑
https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error